

LA
MARQUESA DE PINÁRES

CONTINUACION.

SOR MARÍA DE LA MERCED.

CAPÍTULO PRIMERO.

NOTICIAS DE LA CORTE.

Cuando el ermitaño de Villaverde terminó la lectura del manuscrito, llevaban ya ocho dias en Valle-Real Edelmira y Cárlos, durante cuyo tiempo acudieron diariamente á escuchar, poseidos del mas vivo interes, la patética historia de Clementina y Alberto.

Doña Crispina y Lisa los acompañaban siempre, y la vetusta solterona advertia con sorpresa que el amor de los jóvenes iba en aumento, y que Cárlos, léjos de proseguir sus viajes de recreo, se instaló en el palacio de Valle-Real, tomando uno de sus mas suntuosos aposentos que el conserje, único habitante de la casa, le cedió de muy buena gana.

Edelmira vivía sumamente gustosa en aquel tranquilo valle, disfrutando á sus anchas el placer de conversar á todas horas con su amante, y parodiando á Clementina, acostumbraban casi todas las mañanas visitar el árbol de la esperanza.

Doña Crispina, inquieta y recelosa por la intimidad que advertía en los jóvenes y fiel á su sistema de comunicar todas sus averiguaciones ó sospechas á la señora princesa, la escribió trasmitiéndola un parte detallado de cuanto las había ocurrido en el viaje, su conocimiento con aquel joven marqués y sus amores con Edelmira; pues la vetusta solterona no tenía duda alguna de la clase de relaciones que entre ellos existían.

Á esta carta, que el aya dirigió á Pereival para que la pusiera en manos de la princesa, no tuvo contestación. También Edelmira escribió á su mamá, participándole la felicidad que disfrutaba en aquel valle encantador, y recordándole al propio tiempo el cumplimiento de su promesa, cual era hacer que abrazase á su padre muy en breve; lo que aguardaba Edelmira con la más viva impaciencia. Nada la manifestó de Carlos, pues este la había prohibido revelarse á nadie su secreto.

En este estado hallábanse una mañana en que el sol, envuelto entre nubes, apareció cárdeno y rojizo. Desde muy temprano estaban en la ribera Carlos, Edelmira y Lisa. La doncella, por orden expresa de su joven ama, no se apartaba de su lado, presenciando siempre, aunque desde una distancia respetuosa, sus entrevistas amorosas.

— La salida del sol anuncia tempestad para esta tarde, dijo Cárlos reclinándose negligentemente en el tronco del árbol.

— ¡Ay, Dios mio! lo sentiré infinito, porque me causa mucho pavor.

— Yo estaré á tu lado, ¿quienes?

— Mi único placer es que no te apartes de mí.

— Fácilmente puedes conseguirlo.

— ¿Cómo?

— Casándonos en secreto segun mis deseos.

— ¡Oh! no; pudiera sucedernos lo que á Alberto y Clementina.

— ¡Qué locura! nuestras circunstancias son distintas, y si me amaras cual yo te amo, no tendrias inconveniente en acceder á una cosa que puede proporcionarnos la felicidad de toda la vida.

— ¿Y si podemos conseguirlo de otro modo obteniendo la bendicion y el consentimiento de mis padres, á qué apelar á unos medios que reprueba la razon y la conveniencia?

— ¡Ah, querida mia! permite que dude de tu cariño.

— ¿Y por qué?

— Raciocinas muy bien, y el amor que calcula, no es amor, es egoísmo.

— ¿Y dudas de mí?

— Sí, dudo; pues quisiera me amases con el delirio que yo siento, con el entusiasta frenesí que no me deja reparar en obstáculos ni en inconvenientes de ninguna clase. Mi único, mi solo, mi ardiente

deseo, es ser tu esposo ; y si hoy no te decides á concederme tu mano, esta misma noche parto para no volver á vernos jamas.

— Yo estoy pronta á todo ; pero ántes quiero obtener el consentimiento de mis padres.

— ¡ Imposible ! tu madre ha marchado al extranjero, quizá no vuelva en muchos años ; ¿ y quién aguarda su regreso para que luego se le antoje negarme tu mano y nos separe para siempre ?

— ¿ Y en qué te fundas para creerlo así ?

— En su orgullo y en la altivez de su carácter.

— ¿ Y en ti, qué tiene que reprobar ? eres noble, ilustre, con un título de nobleza y un corazón hidalgo...

— Es verdad, dijo Cárlos interrumpiéndola, pero tú ignoras lo que voy á confiarte.

— ¡ Habla !

— ¿ Me despreciarás ?

— ¡ Oh ! nunca ; te amo demasiado.

— Pues bien, sabe que mis padres me abandonaron siendo niño.

— ¿ Y no los conoces ?

— No ; solo sé que pertenecen á la mas alta aristocracia.

— ¿ Luego el nombre que llevas ?...

— Lo he adquirido con mi inteligencia y mi trabajo. La señora en cuya casa he pasado mi infancia, es inmensamente rica, y desde que tuve edad para ello, me asoció á sus empresas mercantiles, con lo cual he formado un gran capital, el que con mi mano y mi amor ofrezco á tus piés.

Ahora que sabes la verdad desnuda, recházame si quieres, habla una palabra y me alejaré á esconder mi desventura en países extraños ó en el fondo de los mares.

— ¡ Eso nunca ! exclamó la cándida jóven cayendo en el lazo que tan diestramente la tendia el artificioso mancebo.

— ¿ Luego serás mi esposa ?

— Te lo prometo ; tuya, ó de Dios.

— Entónces me guardarás el secreto evitándome la vergüenza de hacer esta confesion á tu orgullosa madre, la que, sintiendo en su pecho el amor que tú me profesas, me despreciará sin que consigamos ser felices.

— Cuenta con mi discrecion y mi silencio.

— Permanezcan, pues, ocultas nuestras relaciones; yo dispondré lo necesario para unirnos en santo lazo, sin que nadie se aperciba de ello hasta que nuestro casamiento se haya verificado.

Las hojas de los arbustos se movieron bruscamente dejando paso á una persona.

Era doña Cripina que habia estado escuchando, si no toda la conversacion de los amantes, lo suficiente para comprender de qué trataban, imponiéndose en su secreto.

— ¡ Señorita ! exclamó como si nada hubiera oido , os vengo buscando hace tiempo.

— ¿ Y qué me queréis ?

— Acaba de llegar un mensajero con noticias de la corte.

— Sí; ¡oh! decidme que trae.

— Esta carta para vos.

— Dádmela.

Edelmira la abrió con precipitación exclamando con alegría :

— Es de mi mamá.

— ¿No ha marchado aun al extranjero? preguntó doña Crispina.

— Me dice, dijo Edelmira cerrando la carta, que habita en una casa de campo, donde aguarda recibir unos papeles importantes para emprender su viaje en seguida, y me recomienda al baron de Pereival que tendrá el gusto de ponerme esta misma tarde en los brazos de mi querido padre.

— ¡Esta tarde! murmuró Cárlos con un gesto de disgusto.

— ¡Si, qué felicidad; por fin, voy á tener el inmenso placer de conocerle! ¡cuánto he suspirado por la realizacion de este vivo deseo de mi alma!

Embrigada en los trasportes del santo goce que experimentaba, besó repetidas veces la carta, y no advirtió la expresion de odio, de refinada crueldad que se pintó en las facciones de Cárlos.

La llegada del padre de Edelmira trastornaba todos sus planes, tan hábilmente dirigidos, y que ya tenia á punto de realizar. No podia presentarse á él, y si se ocultaba despertaria sospechas en Edelmira; ¿qué hacer en tan dura alternativa? Difícil era saberlo.

El miedo de ser descubierto le asaltó inmediatamente, y como toda conciencia culpable, alarmóse en

alto grado, reflejándose en su hermoso rostro el receloso temor del criminal que no está avezado al crimen.

CAPÍTULO II.

EL PADRE Y LA HIJA.

Segun Cárlos habia anunciado por la mañana, la tarde se presentó tormentosa.

En la bonita y florida casa que habia pertenecido á don Gil del Manzanar, todo se presentaba alegre y risueño. Edelmira, queriendo celebrar dignamente la llegada del autor de sus dias, dispuso algunas fiestas campestres, é hizo decorar las galerías y demas aposentos de la casa, con los mejores naranjos y limoneros del jardin, y con infinitas y variadísimas macetas de las mas raras y caprichosas flores.

Vistióse con interesante sencillez, y al dar las tres de la tarde, se instaló para recibirle en una de las salas bajas mas próximas á la puerta de entrada y desde cuyas ventanas se descubria la ribera y una porcion inmensa de terreno.

Las paredes de este aposento estaban tapizadas de una tela persa fondo blanco con grandes ramos, é

iguales eran las colgaduras que cerraban el paso á los rayos del sol. El mueblaje, elegante y sencillo; empero lo que daba una frescura y lozanía encantadoras al aposento, eran las macetas de naranjos y las demas plantas odoríferas artificiosamente diseminadas por todo él.

Edelmira se habia sentado en un sillón cerca de una reja á través de cuyos barrotes asomaban las verdes ramas de un pomposo laurel, plantado en la parte de afuera, y que al propio tiempo que sombra, comunicaba en derredor un olor suave y agradable.

Doña Crispina ocupó un sitio próximo á la ventana, y dirigiendo una mirada á lo largo del camino exclamó :

— Si tarda mucho el señor, le coge la tempestad en el campo. ¡ Oh! mirad qué nube tan densa hácia el olivar por donde indudablemente deben venir, porque no hay otro camino.

— Con honda tristeza la contemplo hace un instante y la he visto despedir varios relámpagos.

— Sí, este calor de la atmósfera nos anuncia claramente la tormenta y no es propio de este tiempo.

— ¡ Qué fatal casualidad ! ¡ en el momento en que mi corazón siente una dicha tan pura, cuando voy á conocer al autor de mis días, hasta la naturaleza se presenta sombría!...

— Ya se despejará; eso no debe entristeceros.

— Sí; pero yo quisiera para celebrar mi inmensa felicidad, que todo apareciese alegre y risueño como mi alma.

— ¡ Aquí viene el señor marqués! dijo el aya corriendo la conversacion.

— No ha faltado á su palabra; me prometió estar aquí para recibir á mi papá y á fin de que le presente como á un amigo, que en la noche de nuestro viaje nos salvó de un peligro inminente.

— Muy justo es que le vea en seguida, y mas teniendo ya comunicado á los señores el servicio que nos prestó y su instalacion en ese bello palacio donde, segun dice, piensa permanecer algun tiempo.

El coche de Cárlos paró á la puerta de la quinta y momentos despues entró el impetuoso jóven en el salon, saludando á Edelmira con la mayor finura.

— ¡ Cómo disimulan su cariño! ¡ creerán que á mí se me escapan sus relaciones y sus proyectos!... murmuró doña Crispina para sus adentros y fijándose en la resolucion de contar al padre de Edelmira cuanto habia escuchado aquella mañana.

La tempestad en tanto se aproximaba, sintiéndose muy de cerca el prolongado estallido del trueno. Gruesas gotas de agua comenzaron á humedecer la tierra.

— ¡ Ay, Dios mio! exclamó Edelmira con espanto, ya llueve, mi pobre papá tendrá que sufrir la tempestad en medio del campo.

— ¿ Vendrá en carruaje?

— ¡ Lo ignoro! acaso le dejen atras y se vengán los dos á caballo por llegar ántes.

— ¿ Quién le acompaña?

— El baron de Pereival, que es el encargado por mi mamá para presentármele.

— ¡Pereival! murmuró Cárlos para sí, recordando que á la taberna de la Corneja asistia un hombre de de malísimos antecedentes que llevaba aquel nombre, y del que oyó siempre hablar muy mal á Rosa, la cual le citaba como uno de los indignos compañeros de los bandidos López y German.

— Os habéis quedado pensativo, dijo Edelmira.

— Estaba recordando que conozco á un Pereival, pero no puede ser el que acompaña á vuestro padre.

— ¿Por qué?

— ¿Segun decís, es un caballero de la aristocracia?

— Sí; baron y un americano riquísimo, que hace poco ha venido de la Habana.

— ¡Rara coincidencia! Tambien el que yo digo ha estado en la Habana; pero léjos de ser riquísimo ni poseer títulos, le he conocido miserable, pobre y con bien dudosa reputacion.

— Entónces no puede ser el mismo.

— ¡Tal creo! dijo Cárlos, y á pesar de este convencimiento no pudo apartar de su imaginacion el Pereival de la hostería de la Corneja, representándosele vivamente su sombría y repugnante persona.

Tambien Edelmira, sin saber por qué abrigaba hácia el baron cierta antipatía instintiva; desde que le vió por primera vez en casa de la princesa le miró con repugnancia, y si llegó á recibirle con alguna distincion, fué por la intimidad con que su madre le trataba y sobre todo por ser el encargado de presentarle á su padre; lo cual siempre hubo deseado Edelmira desde su niñez, anhelando con afan el momento

de conocer y tributar sus caricias al padre querido, que se figuraba allá en su mente, muy noble, muy simpático y de una figura majestuosa y dulce.

Aun se hallaban embebidos cada uno en sus diferentes pensamientos, cuando precipitándose Lisa en la estancia exclamó :

— ¡ Ya está aquí ! ¡ ya está aquí !...

— ¿ Quién, mi padre ? gritó Edelmira.

— Viene solo el baron, repuso el aya viendo desde la reja á Pereival que apeándose entró en la casa con rapidez.

— ¡ Es el mismo ; el bandido de la hostería !..... murmuró Cárlos reconociéndole.

Cuando quisieron reponerse de su sorpresa, se hallaba en el salon.

— ¿ Y mi padre ? gritó Edelmira.

— En tu presencia, hija mia ; yo soy tu padre, dijo Pereival acercándose á ella con los brazos abiertos.

— ¡ Vos ! ¡ vos mi padre !.. repuso asombrada y retrocediendo con espanto.

— Sí ; ¿ qué te admira ? ¿ Me rechazas ? ¿ no tienes ni una caricia para el autor de tus dias ?

— ¡ Será verdad ! murmuró Edelmira haciendo un esfuerzo por vencer su repugnancia, y correspondiendo con frialdad á las ardientes muestras de ciego cariño que la prodigaba el baron.

Los demas espectadores miraban atónitos al padre y á la hija, en tanto que la tempestad seguía rugiendo con espantosa violencia.

Cárlos, en cuanto reconoció á Pereival, quiso re-

tirarse, empero le detuvo la curiosidad ; comprendió desde luego que no podia ser el padre de la bellissima Edelmira, en cuyo caso una intriga grande debia envolver la existencia de aquella infortunada. De todos modos aceptó su destino frente á frente, y se quedó esperando con la mayor serenidad que terminasen las primeras expansiones del filial afecto para saludar al baron.

— Ignoro, se dijo para sus adentros, si este miserable me habrá visto como yo á él en la hostería de la Corneja. Si no me conoce, continuaré haciendo mi papel de gran señor, en lo cual no hago sino imitarle, y si por el contrario, mira en mí al sobrino de Colasa la prendera, y al novio de Rosa, le haré callar, porque tambien tiene necesidad de que se ignore su miseria anterior, y yo puedo revelarla; en fin, de un modo ó de otro nos entenderemos.

— ¿Y este caballero? preguntó Pereival reparando en Cárlos por primera vez.

— Es el señor marqués de Selva-Verde, nuestro libertador en la fatal ocurrencia que tuvimos en el camino, se apresuró á decir Edelmira, presentándole con un ademan lleno de gracia.

— ¡ Ah ! murmuró el baron fijando en el jóven una mirada escrutadora, os doy infinitas gracias por el importante servicio que habéis prestado á mi querida hija.

Al decir estas palabras y miéntras se cruzaban entre ambos algunos cumplidos, debieron reconocerse uno y otro, midiendo de un golpe las consecuencias de una declaracion importuna.

Disimularon con la mayor osadía, advirtiéndose únicamente que se habian conocido en el tono irónico con que dijeron :

— ¡Ignoraba que fueseis marqués de Selva-Verde!...

— ¡Tampoco os he conocido baron de Pereival!...

Edelmira advirtió, en las miradas que se dirigian y en el tono de su voz, una cosa que no acertó á explicarse.

— ¡Entre ellos debe mediar algun secreto! murmuró para sí. Ya interrogaré á Cárlos esta noche, cuando venga á verme por la reja del aposento de Clementina.

Nada notable ocurrió en toda la tarde; el marqués y el baron se mostraron muy finos, muy atentos, ó mejor dicho, obraron con la mas diestra diplomacia.

Al parecer, su amistad se hizo franca y cordial, con lo cual se despidieron hasta el siguiente dia.

Cárlos al marcharse cambió con Edelmira una mirada de inteligencia, y estrechando la mano de su padre hizo un elegante saludo y salió de la sala. Era casi al anochecer.

Lisa puso luces sobre una mesa, y no se escapó á su penetracion que la fisonomía de Edelmira no respiraba la dulce alegría que se prometió con el reconocimiento de su querido padre.

Pereival se retiró á su aposento, siguiéndole á poco doña Crispina, que se alejó con un pretexto insignificante dejando solas á Edelmira y á su traviesa doncella.

CAPITULO III

CONFIDENCIAS.

¡Señorita! exclamó Lisa, don Cárlos al salir me ha recomendado mucho le esperéis en la reja á las diez.

— No faltaré; necesito hablarle para desahogar mi corazon en el suyo.

— Os veo acongojada y triste, cuando debiais estar satisfecha y alegre por la venida de vuestro padre.

— ¡Ay, Lisa mia! al saber que el baron es mi padre, me he quedando aterrada; una angustia mortal me oprime, y la mas desconsoladora zozobra.

— ¿Y por qué?

— Lo ignoro. Acaso porque siempre me ha sido antipático el que ahora tengo que respetar como autor de mis dias.

— ¿Acaso dudáis de sus palabras?

— Dudo de mi destino, que ha sido hasta hoy bien aciago y nebuloso.

— ¿Y qué os ha dicho de la señora princesa?

— Nada; informarme de su salud únicamente;

sin duda como estaba Cárlos delante se ha callado y todo ha sido galantería, y frases cortesananas en las cuales sin embargo he creído notar cierto tono sardónico y alguna inteligencia entre ellos.

— Yo creí que los misterios solo existian en torno de la señora princesa; pero veo tambien que aquí nos persiguen. ¡ Ah, cuándo será el dia feliz en que os contemple casada con el marqués y libre de tantos enredos !

— Yo tambien lo deseo mucho.

— En vuestra mano está conseguirlo.

— Sí; Cárlos me insta á que nos casemos en secreto, y le he prometido decidirme esta noche.

— Debéis complacerle. Así estáis martirizada; siempre sujeta al capricho de la señora que os ha mirado como á una extraña, mas que como á hija; y ahora al del señor baron que, sin dar explicaciones, se presenta apropiándose la autoridad paterna sin dar pruebas que justifiquen ese título.

— Pienso hablarle esta misma noche ántes de ver á Cárlos, y sabremos á qué atenernos.

— Tenéis razon; no consintáis jueguen con vos de esa manera; ya tenéis edad suficiente para que si hay algun misterio en la familia os le aclaren.

— ¡ Oh! sí, lo exigiré; soy la única heredera de los estados de Florini y tengo derecho á saberlo todo; ¿ pero si se niegan qué hacer?

— Muy sencillo; casada con don Cárlos os vaís á Italia, allí tenéis deudos poderosos que os defiendan contra la injusticia de vuestra madre, la que ha

debido presentaros en los estados como única y legítima heredera de ellos y no lo ha hecho todavía.

— Es verdad; conozco que mi ciega obediencia y mi sumision me perjudican.

— Pues no digo nada si se empeña en haceros entrar en un convento; ¿qué hubiera sido de vos?

— ¡Tiemblo solo al considerarlo!... no me lo recuerdes; puesto que ya no piensa de ese modo, olvidémoslo.

— Antes debéis tenerlo presente, porque si conoce vuestro amor á don Cárlos y no es de su gusto, volverá á su primitiva idea y nadie podrá salvaros.

— ¡Es bien cruel mi posicion!

— No tenéis mas refugio que el marqués y debéis confiarle vuestra suerte.

— ¡Lo sé, y sin embargo me cuesta tanto resolverme á dar ese paso!...

— ¿Y qué debéis temer? su amor es sincero, profundo, y santificado por el sagrado lazo de himeneo, os dará la felicidad, protegiendo vuestros intereses y salvándoos de toda clase de intrigas.

— ¡Y que no son pocas las que se mecen en torno mio!

Edelmira quedó muy pensativa con las palabras de su doncella; esta, conociendo el efecto que habian hecho, se calló esperando una resolncion que debia colmarla de riquezas.

Fácilmente se conocerá que al obrar de aquel modo la sagaz y vivaracha Lisa, estaba perfectamente instruida por Cárlos, el cual la ofreció una crecida

recompensa si conseguía inclinar el ánimo de Edelmira á su favor haciendo que sin demora alguna consintiese en ser su esposa, verificando su enlace en la ermita y sin que nadie comprendiese una palabra.

— Acaso el baron esté cansado y se acueste; ¿queréis que le manifieste vuestro deseo de hablarle? preguntó Lisa interrumpiendo la meditacion de Edelmira.

— Haz lo que gustes, mi querida Lisa; yo por mí no sé lo que me pasa, y si reflexiono mucho, concluiré por volverme loca sin conseguir resultado favorable.

— Entónces voy en este momento; me da pena vuestra posicion, y como os quiero tanto, no lo puedo sufrir con calma. ¿Me esperáis aquí?

— No; en mi aposento.

— Bien está.

Las dos salieron de la sala, separándose en distintas direcciones.

Al llegar Lisa á la galería donde estaban situadas las habitaciones del baron, vió deslizarse una sombra, que no pudo reconocer por la dudosa luz del crepúsculo; excitada por la curiosidad, defecto que poseía en alto grado, la siguió hasta un sitio donde á la claridad de un farol vió que era doña Crispina.

— ¡Hola! murmuró Lisa; ¡parece que la solterona tiene secretas conferencias con el señor! viviremos alerta.

Como nuestros lectores tendrán tambien interes en

averiguar el secreto que alarmó á la traviesa doncella, tendrán la bondad de retroceder al momento en que Pereival dejó el aposento en que fué recibido á su llegada y se retiró al que le habian destinado siguiéndole doña Crispina.

— Y bien, mi buena amiga, dijo el baron despues de arrellanarse en un sitial, ¿tenéis algo nuevo que comunicarme?

— Mucho, señor, y mas desde que os considero como padre de la señorita, lo cual, y dicho sea de paso, no ha dejado de sorprenderme.

— Lo creo, mas cesará vuestra admiracion al deciros que la señora princesa es mi esposa; un secreto de familia nos ha tenido separados muchos años, y cuando vos me conocisteis, en una posicion bien distinta de la en que hoy me hallo, acababa de llegar de un largo viaje, é ignoraba el paradero de mi esposa. Afortunadamente la encontré, y quise presentarme á ella disfrazado en un traje humilde por ver si me reconocia.

— ¿Y habéis tenido la fortuna de uniros otra vez?

— Secretamente sí; en público no puede ser, porque la causa fatal que siempre nos lo ha impedido, pesa todavía sobre nosotros. Esto, que fio á vuestra lealtad y discrecion, espero lo reservéis como igualmente el santo lazo que me une á Edelmira.

— Todo lo comprendo, señor, y no tendréis que arrepentiros de la confianza que depositáis en mí.

— Lo sé, doña Crispina, por eso os tenemos al lado de nuestra hija, y no he tenido inconveniente en descubrirme en vuestra presencia.

— Lo que no me parece muy acertado, es que lo sepa el marqués.

— ¿Qué marqués? ¿Cárlos?

— Sí, señor.

— Ha sido en verdad una imprudencia; pero yo no lo conocí á primera vista y me dejé llevar de un impulso de mi corazón.

— En fin, si se ha de casar con la señorita, poco importa.

— ¿Casarse él? jamás. Desde que nos escribisteis sus amores, me indicó la princesa su deseo de que me trasladase aquí en seguida á informarme del sujeto que pretendia á Edelmira; y mi asombro y al propio tiempo mi indignacion, han sido inmensas al reconocer esta tarde en el supuesto marqués á un rapazuelo sobrino de una prendera de las Vistillas, y de no muy buenos antecedentes.

— ¡Jesus! ¡quién lo diria! con ese fausto y esa ostentacion.

— ¡Ya lo creo! como que ha robado á su tia todas las riquezas que ha ido atesorando por medio de la usura mas infame, escapando con ellas, miéntras la pobre mujer está en un hospital pagando bien cara su crédula confianza. Esto lo he sabido por casualidad por uno de mis criados; y estaba muy ajeno de encontrar á ese truhan en mi propia casa, abrigando el proyecto de seducir á mi hija.

— Apresuraos entónces á cortar esas relaciones, porque están muy adelantadas.

— ¡Qué decís!

— La verdad; el corazón de la señorita está muy interesado en ese amor funesto, ved á qué punto llegará su ceguedad, cuando le ha prometido unirse en secreto dentro de breves dias.

— Por fortuna he llegado á tiempo de remediar el mal; mañana temprano partiremos de aquí, encargaos de tenerlo todo dispuesto con el mayor sigilo, sin que ni aun los criados se aperciban de la marcha.

— Convendria verificarlo ántes, los preparativos están hechos en diez minutos.

— Bien, pues saldremos á las doce de la noche.

— Corriente.

Poco despues de esta conversacion, anunció Lisa al baron que la señorita deseaba hablarle.

CAPITULO IV

NUEVOS DOLORES.

—

Cuando Lisa anunció á Pereival la demanda de Edelmira, no pudo ménos de fijar en él con insistencia una mirada escrutadora. Él, sin saber qué contestar y altamente sorprendido por el deseo que su hija manifestaba, tomó asiento junto á una mesa de escritorio, y se puso á hojear algunos papeles.

— ¿Qué digo á la señorita? preguntó Lisa que continuaba en pié cerca de la puerta.

El baron seguía indeciso, y en aquel momento apareció su secretario que desde la pieza inmediata expiaba todas sus acciones, indicándole la conducta que debia usar, y con órden expresa de Flora de no separarse un momento de su lado.

Nuestros lectores conocerán desde luego, que el sugeto á quien la sagaz baronesa habia conferido unos poderes tan amplios, no podia ser otro que López.

— Tenemos que despachar en seguida estos documentos, le dijo mirando á la doncella con descaro.

— ¡Es verdad! entónces, murmuró dirigiéndose á la jóven, hacedme el obsequio de decir á mi querida hija, que dentro de un rato pasaré á su aposento.

— Decidla mas bien, hermosa niña, añadió López, que el señor no estará desocupado hasta las once, porque es muy urgente despachar este pliego que nos ha de ocupar algun tiempo.

— Sí, eso es, á las once iré á darla las buenas noches.

Lisa salió de la estancia haciendo una cortesía y un gesto muy marcado, que demostraba no eran de su agrado ni el baron ni su secretario..

— Gracias, amigo mio, dijo Pereival á su antiguo amigo cuando quedaron solos, me has sacado de un grave compromiso, porque no sabia qué hacer, y si Edelmira me exige aclarar las dudas que no puede ménos de abrigar, voy á sufrir muchísimo.

— Tú al momento vacilas, y se conoce la irresolucion y el miedo en tu semblante.

— No lo extrañes; despues de la enfermedad que he pasado tengo la cabeza tan débil todavía, que nada tendrá de particular cometa una torpeza, si tú no estás cerca para evitarla.

— Ó para prevenirla ántes de que estalle, contestó López.

El baron apoyó con abatimiento la mejilla sobre su huesosa y descarnada mano.

— Y bien, continuó el secretario; lo que aquí conviene, es tomar una resolucion pronta y decisiva.

— Está tomada : ¿no has oido que partiremos á las doce de esta misma noche ó ántes si es posible ?

— ¿Y crees que el truhan de Cárlos no estará en acecho ?

— Puede ser ; pero se le escarmienta.

— De ningun modo podremos evitar sus persecuciones, y lo que conviene, es que no hable con Edelmira, pues será muy capaz de contarla que nos ha visto asistir diariamente á la hostería de la Corneja, y otras mil cosas que, sobre ser en nuestro perjuicio, inclinarán el ánimo de la niña mas bien á despreciarte que á quererte con el respeto y cariño debidos á un padre.

— También yo sabré arrancar la máscara á ese villano.

— Os perderéis los dos sin conseguir nada.

— Tienes razon ; ¿y qué haremos ? estoy confuso, desesperado.

— Lo primero, que doña Crispina no se aparte un momento de Edelmira hasta el instante de partir,

para evitar que hable con él; lo segundo, separar de su lado á esa doncella que no me inspira mucha confianza, y lo tercero, prevenirla esté dispuesta á emprender un nuevo viaje.

— Son medios tan violentos, que temo la hagan sufrir, aumentando la fatal aversion que me profesa.

— Si empiezas con debilidades, nada adelantaremos; es preciso emplear el rigor y la severidad si se ha de cortar el mal de raíz.

— ¡Yo por mí no puedo!... ¡pobre hija mia! ¡la quiero tanto!... y ella no tiene la culpa de haberse enamorado de un hombre que juzga ilustre y de una familia distinguida.

— Si tanto la amas, esa misma razon y tu deber de padre te mandan desengañarla, apartándola del precipicio adonde la conduce su inexperta juventud.

— Conozco que debo hacerlo y lo haré.

— Entónces, para dar tiempo á los preparativos necesarios, estaremos aquí hasta las diez, luego nos trasladaremos al comedor, haciendo que se dilate la cena hasta que todo esté dispuesto, y desde la mesa al coche, sin darla tiempo para que avise al mancebo. De este modo no sabrá nuestra marcha en algunas horas, las que aprovecharemos en burlar su vigilancia.

— Corriente; ¿y no hablaré ántes á Edelmira?

— Vas por ella para conducirla al comedor, y estando todos delante no se atreverá á indicarte nada del motivo que la haya impulsado á desear una entrevista.

Todo aconteció según lo había dispuesto el astuto López.

La triste Edelmira, agitada é inquieta, aguardaba en su aposento la hora de ver á Carlos y luego á su padre.

El viento seguía bramando con violencia, y un fuerte aguacero hacia sentir su monótono ruido en las ramas del jardín.

Edelmira y Lisa se asomaban continuamente á la ventana, y cerrando en seguida los cristales retrocedían con espanto.

— ¡Qué noche, Dios mio! ¡ay! ¡Lisa querida, cómo ha de venir Carlos con esta lluvia tan copiosa!

— No faltará, señorita; el que ama tan de veras como él, no teme el agua ni el frío.

— ¡Cómo recompensaré tantos sacrificios!...

— Con vuestra mano.

— Suya es; le he prometido ser su esposa ó de Dios. ¿Pero dí, no vendrá esta noche doña Crispina? si se le antoja venir no podré hablar con Carlos.

— En ese caso, cuando sintamos la señal, saldré al jardín y le haré ver el inconveniente que se opone á vuestra entrevista.

— Y si bien por esto ó porque venga mi padre ántes de la hora que ha dicho, no puedo verle, le dices que á todo estoy pronta, que practique las diligencias necesarias y nos uniremos en santo lazo cuando guste.

— Así me agradáis : la resolución en todo vale mucho, y de otro modo siempre estaréis padeciendo.

— Me cansan tantos misterios, tantas intrigas, y deseo vivir libre como los pájaros de la selva.

— Os felicito de antemano; con vuestro inmenso amor, asemejaréis muchas veces á las tortolillas que anidan en el álamo aquel de la glorieta.

Lisa reía como una loca, manifestando su alegría por aquella resolución.

— ¿Qué carcajadas son esas? dijo doña Crispina penetrando en el aposento.

— ¡Toma! son de alegría, dijo con descaro la doncella.

— Ya lo creo, de mal humor no serán.

Edelmira miró con disgusto á la solterona.

Luego, tomando un libro, se puso ó leer, ó mas bien á distraer su impaciencia.

— ¡Esta cócora de vieja piensa estarse aquí toda la noche! murmuró Lisa al oído de su señorita viendo que la solterona, arrellanándose en un sillón, sacaba su rosario de gruesas cuentas.

— Sufriremos este nuevo dolor, la contestó Edelmira también á média voz.

Continuaron en silencio largo rato.

Aun no habian sonado las diez, cuando hacía la puerta del jardín y entre el confuso ruido del gotear de la lluvia, sintióse el cántico de un pájaro.

Las dos jóvenes se estremecieron cambiando una mirada de inteligencia.

La solterona continuó rezando.

El gorjeo del avecilla repitióse por dos veces; entónces, y con mucho disímulo, abandonó Lisa la estancia.

Edelmira, alzando los ojos al cielo, se oprimió el pecho con las manos, dejando que sus labios murmurasen en son de una plegaria :

— ¡Oh Dios mio! ¡ otro nuevo dolor !...

Una lágrima silenciosa se deslizó á lo largo de su mejilla.

Lisa volvió poco despues, y la encontró apoyada en el libro y sumida en honda meditacion.

— ¿ Era él ? preguntó á la doncella mas bien con la expresion de sus ojos que con los labios.

— Sí, mañana volverá.

El aya no pudo comprender nada de este diálogo.

Á las once en punto se presentó en la estancia Pereival acompañado de López.

— Dispensa, mi querida hija, si he consagrado á los negocios unos momentos que debí pasar á tu lado.

— He deseado haceros algunas preguntas confidenciales, murmuró la niña, mirando con disgusto al acompañante de su padre.

— Bien ; mañana me tendrás todo el dia á tu disposicion, ahora vamos á cenar y despues te comunicaré la resolucion de tu madre.

— ¡ De mi madre !

— Sí ; traigo sus instrucciones particulares, que debo cùmplir aunque me sea sensible.

— ¡ Qué nueva amargura me reservará el destino ! dijo Edelmira para sí, apoyando con resignacion su pequeña mano en el brazo que el baron la presentaba para dirigirse al comedor.

Sirvióse la cena lentamente, reinando durante toda ella un silencio profundo.

Pereival se esforzaba en vano por atraer la atención de su hija, prodigándola sin cesar toda clase de caricias; ella se las devolvía con frialdad sin saber á qué atribuir la extraña aversión que la inspiraba aquel hombre.

Terminada la cena, se levantó para dirigirse á su cuarto; Pereival la ofreció el brazo, y la condujo hácia la puerta de la quinta donde un carruaje los esperaba.

El asombro de la pobre niña se pintó en sus aterradas facciones.

— Sube, hija mia, la dijo el baron con dulzura.

— Abrigaos, señorita, añadió el aya presentándola una capa forrada de pieles y un sombrero.

— ¿Pero dónde vamos á estas horas y con una noche de lluvia?... se atrevió á murmurar.

— Voy á ponerlos en brazos de la princesa que os aguarda con ansiedad no léjos de aquí.

— ¿Está enferma acaso y me llama en sus últimos momentos?

— Está perfectamente buena.

Viendo el baron que vacilaba en subir al carruaje, añadió :

— Obedece, hija mia, sus mandatos, labrarás tu felicidad y la nuestra.

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡hágase tu voluntad!

exclamó Edelmira ocupando un asiento en el coche.

Poco despues reinaba en Valle-Real un triste si-

lencio, interrumpido solamente por el silbido del viento y por el agorero canto de las aves nocturnas.

Cárlos en tanto, mecido por sus sueños de ambicion, dormia tranquilo en el palacio de Valle-Real, muy ajeno en verdad de sospechar que su amada desaparecia con la oscuridad de la noche, burlando una persona mas sagaz que él todos sus planes tan hábilmente urdidos, como pronto desvanecidos.

CAPITULO V

LA AMIGA ÍNTIMA.

Mas de quince dias han trascurrido, mis amables lectores, desde que abandonámos la corte, trasladándonos á las poéticas selvas de Valle-Real.

Volvamos otra vez á buscar en ella á nuestros personajes, visitándolos detenidamente y enterándonos al propio tiempo de su situacion.

Estamos en esa época en que los helados vientos de Guadarrama no han comenzado todavia á recorrer las animadas calles de la capital, y sin embargo de que las brisas otoñales van refrescando paulatinamente, aun se disfruta una agradable temperatura.

Con todo, al penetrar en el palacio de Pináres,

diríase que estábamos en pleno invierno; alfombradas todas las habitaciones y encendidas las chimeneas, en particular las que correspondían á los aposentos que ocupaba la anciana y achacosa madre de Rogelio.

Era cerca de anochecer, y acababan de trasladarse desde el comedor al gabinete de doña Juana, su hijo Rogelio, la marquesa, Honorata y la baronesa de Pereival, que los habia acompañado á la mesa.

La artificiosa y maligna Flora se introdujo en el seno de la noble y pacífica familia, con la mas franca cordialidad. Su objeto no era otro que preparar el terreno para sus planes, llevando por fin á cabo con toda seguridad una venganza cumplida.

Aunque la faltaron sus agentes Atocha y Ataulfo que, como saben nuestros lectores, fueron conducidos á la cárcel, supo adquirirse otros, gracias á las riquezas que tan pródigamente dispersaba, enterándose por su conducto de cuantas noticias la interesaban relativas á las costumbres de la familia y á las interioridades particulares de la casa.

Su odio mas encarnizado, era contra Honorata, porque disfrutaba un título y unas riquezas que ella tanto ambicionó desde su infancia, y por cuya posesion hizo sufrir á su infeliz hermano, abuelo de Honorata, un destierro penosísimo é inmensos padecimientos.

Por eso todo su anhelo y su principal móvil, era lograr la muerte de la infeliz niña, ó hacer que desapareciese de la sociedad, usando para ello todos los medios que la sugeria su infernal imaginacion, siquiera fuesen los mas viles y despreciables.

Tambien aborrecia de muerte á la marquesa, porque tuvo la fortuna de inspirar á Rogelio un amor tan violento como profundo, por lo cual aun despues de tantos años sentia unos celos furiosos, envidiando la inalterable y dulce paz que disfrutaban los dos esposos.

Se propuso á todo trance vengarse de aquellas personas que la habian hecho desgraciada, y recobrar de cualquiera manera el título de condesa del Palancar que la pertenecia de derecho, faltando Honorata.

En este concepto, y siguiendo siempre su idea, veíasela constantemente en el palacio de Pináres, apareciendo en él como una de la familia y logrando á fuerza de astucia y fingimiento captarse la confianza y el cariño de las víctimas que pensaba sacrificar, logrando de este modo que, en caso de un atentado, no recayesen en ella las sospechas.

De toda la familia, únicamente doña Juana la miró siempre con prevencion, siéndole tan odiosa su presencia, que no tenia inconveniente en manifestárselo, haciéndola mas de cuatro veces morderse los labios de despecho.

Oigamos la conversacion que sostenian, y ella nos dará algunos pormenores necesarios para el curso de nuestra historia.

Doña Juana, impertinente como siempre, hizo ir y venir á Graciana várias veces, rechazando un objeto que instantes despues volvía á pedir.

Luego mandó la sentasen en la cama, y rodeán-

dose de sus hijos, de Flora y de Honorata exclamó :

— ¡ Gracias á Dios que tengo el gusto de que estéis á mi lado una noche siquiera !...

— ¿ No nos tenéis siempre, madre mia ? dijo Rogelio.

— No por cierto ; apénas os dignáis asomar la cabeza alguno que otro dia, y en particular tu mujer nunca permanece una noche entera conmigo.

— Porque tenemos necesidad de asistir á las reuniones y convites que son imprescindibles, cumpliendo con los deberes que nos impone nuestra posicion y muchas veces con los de la amistad.

La marquesa al decir esto, miró á Flora.

Esta comprendió aquella mirada y se apresuró á exclamar :

— Y á veces tambien los compromisos los alejan de vuestro lado ; por ejemplo, esta noche me los llevo al teatro, es una exigencia mia á la que tienen que acceder ó disgustarme.

— ¡ Ya lo creo ! refunfuñó doña Juana. Habéis sido siempre tan exigente como imperiosa, y no es extraño que conservando el carácter de vuestra juventud, vengáis hoy á imponer ese dominio en el seno de mi familia, y á turbar su tranquilidad.

— ¡ Señora ! murmuró la baronesa mordiéndose los labios con despecho.

— No os ofendáis, Flora, se apresuró á decir la marquesa ; mamá tiene esta noche humor para chancarse, y yo me alegro, porque es una prueba de que se encuentra bien.

— En verdad que sí, añadió Rogelio por evitar la brusea contestacion que preveía en los labios de su madre; desde que estáis enferma, nunca os he visto con un semblante tan animado; ¿queréis levantaros mañana y os bajaremos al jardin en vuestro gran sillón de ruedas?

— Y por cierto que aun no ha estrenado el que le trajeron últimamente de Paris, dijo la marquesa.

— Y que no decís mal, con eso le estrenaré mañana, porque en efecto hoy he tenido un buen día.

Flora se habia retirado con Honorata al gabinete, donde trataban del adorno que las convenia llevar al teatro.

Doña Juana, tendiendo una mirada hácia el diván donde estaban sentadas, dijo á Rogelio sin cuidarse de bajar la voz, por lo cual muy bien pudo oirlo la baronesa :

— Si os vais al teatro, id pronto y quitadme á esa arpía de mi presencia; me es antipática y no quisiera verla á vuestro lado.

— Es que aun recordáis sus intrigas de la juventud; ¡pero ha cambiado tanto!...

— ¡No lo creas, hija mia!... cada vez es su semblante mas diabólico. Vivid prevenidos, pues con toda esa fingida dulzura, medita algun pérfido plan; creedme, el ojo de la experiencia rara vez se engaña. Esa mujer tiene que hacer mucho daño y concluirá por tener un fin muy desgraciado. Lleváosla pronto, lleváosla de aquí...

— ¿Os parece, baronesa, que será hora de irnos

preparando? dijo la marquesa acercándose al divan.

— Sí; precisamente estaba diciendo á Honorata, que vaya á arreglar su tocado, en el que debe esmerarse mas que nosotras, porque su juventud y su belleza lucirán muchísimo esta noche.

— Tenéis razon; pero me parece que á ella le ha de ser indiferente.

— Mi querida madrina no se engaña respecto á mis ideas, y conoce que me es igual ir sencilla ó elegante, porque no tengo pretension de hacer conquistas.

— ¡Pero la tendréis de aparecer bella cual ninguna! este es un deseo natural.

— ¿De qué se trata? dijo Rogelio acercándose.

— De frivolidades, padrino, contestó Honorata.

— Entónces á ocuparse en cosas mas útiles, y sobre todo en aprovechar el tiempo; que se va haciendo tarde y deseo ver la salida de esos portentos que tanto llaman la atencion de los diletantes.

— Sí, no debes perder minuto, añadió Flora; pues siempre á su salida cubren el escenario de flores sus numerosos apasionados.

— La tardanza no ha de consistir en mí; dentro de cinco minutos estoy á vuestras órdenes, repuso Honorata saliendo del gabinete y dirigiéndose á toda prisa á su tocador.

Cuando entró, dijo á su doncella:

— Aurora, vísteme pronto, que me esperan.

— ¿Y qué traje queréis?

— Uno cualquiera, todos me son iguales, puesto que no me ha de ver Rafael.

- Entónces este azul y blanco que tanto le gustaba.
— Con eso será un recuerdo á su memoria.
— ¡ Pobre señorito ! ¡ tanto tiempo desterrado entre las breñas de Pináres !...
— Te voy á dar una noticia, Aurora.
— ¿ Es buena ?
— Para mí la mejor del mundo.
— Entónces tambien lo será para quien os ama como vuestra humilde servidora.
— Mira, esta mañana nos ha manifestado mi padrino su resolucion, de que nos casemos en diciembre, ya ves que faltan pocos dias.
— Entónces vendrá don Rafael muy pronto.
— No quiere su padre que venga hasta la víspera de la boda.
— ¿ Y se conformará ?
— Ya lo creo, si su mayor deseo es casarse pronto ! ¡ si vieras qué tierno y apasionado se muestra en sus cartas ?..... Dice que como está tan triste en aquel inmenso y solitario castillo, se pasa los dias enteros contemplando mi retrato y leyendo mis cartas.
— ¡ Dios quiera haceros muy feliz !...
— Mi tia quiere ser madrina de la boda.
— ¡ Malo ! murmuró Aurora con disgusto ; ¡ si la baronesa está en el secreto no auguro nada bueno !
— Te pareces á doña Juana, la tenéis antipatia, y yo desde que la conozco solo he recibido de ella muchas pruebas de cariño, y por otra parte, ¿ por qué habia de aborrecerme si no tiene en el mundo otra persona de su familia ? Al fin soy su única so-

brina, y me ha prometido además hacer testamento á mi favor de todos sus bienes el día en que se firmen los contratos de mi boda.

— Ojalá sean sus intenciones tan buenas como sus palabras.

Aquí cesó la conversacion, porque Honorata, hallándose completamente vestida, echó á correr á reunirse con sus amigos, los que la esperaban en el salon.

Á poco montaron en el carruaje que partió con rapidez.

CAPITULO VI

UNA VISITA Á LOS PALCOS.

El teatro estaba animadísimo y enteramente lleno.

La fama de las dos jóvenes y lindas cantantes habia corrido todos los ámbitos de la capital, y la concurrencia se apresuraba á rendir un justo tributo á su relevante mérito, aplaudiéndolas sin cesar y rindiendo á sus plantas brillantísimas ovaciones.

Apénas serian las ocho, cuando ya estaban ocupadas todas las localidades, incluso los palcos, por los cuales tenderemos la vista ántes que se levante el telon.

Los primeros que se ofrecen á nuestra vista son los de platea.

El señalado con el número dos pertenece al empresario. Ya su linda hija ha tomado asiento, y acompañada de otras amigas, dirigen los gemelos al numeroso público que se impacienta, porque no ve levantado el telon.

— ¡Cómo se van á lucir! decia la hija del empresario. ¡Oh! las aseguro un triunfo completo.

— Ya lo creo, contestó su padre; es una ópera nueva, donde las dos hermanas tienen papeles muy importantes.

— Yo no sé á cuál de ellas admirar mas, dijo una de las señoras. Las dos son encantadoras, por su belleza y por sus virtudes; y su mérito artístico, es tan relevante en la una como en la otra.

— Sin embargo, Lidia vale mucho; canta con una dulzura extremada y su voz de contralto es preciosa, se oye con delicia y entusiasmo, y parece que siempre queda en el oído su gratisimo y melodioso eco.

— Como tiple no es menor el mérito de Rosa. Solo que esta tiene mas energía, mas audacia, mas altivez, si así puede llamarse. Yo comparo á las dos hermanas con la tórtola melancólica que se lamenta en las selvas, y con el águila real que cruza el espacio llena de majestad é inteligencia.

— Es muy exacta la comparacion, y desde luego reconozco á Rosa por el águila y á Lidia por la dulce tortolilla.

Dejemos que las jóvenes prosigan su conversacion,

y vamos al palco número cuatro, donde acaba de entrar una señora anciana, en cuyo brazo, aunque mas bien que prestar necesita sosten, se apoya otra señora de unos cuarenta años, y cuyo rostro, pálido y demacrado, revela una larga serie de amargos padecimientos.

Eran la marquesa del Rio y Leticia.

Apénas hubieron tomado asiento, cuando, abriéndose la puerta del palco, apareció el conde de Cinkar.

— ¡Hola! mi querido conde, ¿vos tambien por acá? dijo la marquesa alargando con amistosa efusion la mano, que se apresuró á estrechar el recién llegado.

— Vengo, sin duda, con el mismo objeto que vos, á escuchar por primera vez esos peregrinos portentos, cuya fama corre de boca en boca.

— Tambien nosotras, conde, venimos hoy al teatro atraidas por ese universal aplauso, que ha resonado hasta el fondo de nuestra pacífica morada.

— Y lo que mas admira y excita la curiosidad, es el misterio de que se han rodeado esas jóvenes cantantes; nadie las conoce, nadie sabe su nombre, y su vida es tan excéntrica y misteriosa como debe serlo su historia.

— He oido decir que el empresario las protege.

— Yo tambien; pero unos las suponen personas distinguidas que viajan de incógnito, y se han detenido en Madrid á dejarnos embelesados con su armonía, y otros afirman que son unas aventureras sin nombre ni fortuna.

— La verdad es que su mérito debe ser grande, cuando han conseguido tan brillantes ovaciones, creándose en diez ó doce dias que llevan en el teatro un renombre distinguidísimo.

— En cuanto á eso, pronto vamos á juzgarlas por nuestros propios ojos.

Durante el diálogo del conde y la anciana marquesa, Leticia no separó la vista de un palco que tenían enfrente.

— ¿Qué os llama la atención, mi querida Leticia? preguntó el conde.

— Aquella hermosa niña con traje azul y blanco; miradla, qué semblante tan dulce y tan expresivo tiene; inspira desde luego una profunda simpatía.

— ¿Pero no la conoces? exclamó la marquesa.

— Me parece haberla visto.

— ¡Es la condesita del Palancar!

— ¡Y es verdad! si tengo á veces la cabeza tan débil que pierdo hasta la memoria.

— La acompaña la baronesa de Pereival, añadió el conde.

— Sí; es su tia, ó al ménos la llama mi sobrina, y frecuenta la casa con mucha intimidad.

— ¿Y es cierto ese parentesco?

— Á mí lo que me consta y puedo asegurar de positivo, es que el abuelo materno de Honorata, Jorge del Palancar, era hermano mayor de la baronesa, conde como primogénito de la casa; por esta razon el título ha recaído en su nieta, lo cual en su juventud no sentó muy bien á Flora, que siempre fué or-

gulososa y altiva. Ahora parece que con el destierro ha sufrido una gran modificación su carácter.

— Creed mas bien que hay mucho artificio en su conducta y en su persona.

— No la juzguéis mal.

— Tengo pruebas para creerla una intriganta, y para convencerme del todo aguardo nuevos datos, por lo cual suspendo mi juicio hasta entónces.

— Sí, mas vale no aventurarse.

— Y aquella otra señora que está con ella, ¿quién es? preguntó el conde, examinándolas detenidamente con sus gemelos.

— La marquesa de Pináres, y el caballero que se apoya en el respaldo de su silla, es Rogelio, su esposo.

— ¿Los tratáis?

— Muchísimo; es una familia muy apreciable, y sobre todo la marquesa posee un carácter tan angelical que encanta.

— He oido elogiar mucho sus virtudes, y desearia tratarlos de cerca.

— Si queréis, yo os presentaré.

— Lo acepto con placer.

— No tardaré en complaceros, pues estoy segura que así que nos vea Rogelio, vendrá á visitarnos y aprovecharé el momento para recomendarle vuestra amistad.

— Ya os ha visto, porque ha saludado.

— Es verdad, exclamó la anciana marquesa correspondiendo á su saludo, y demostrándole con un signo que deseaba hablarle.

— Os ha comprendido, y ya viene sin duda.

Con efecto, poco despues, el gallardo y simpático marqués de Pináres saludaba á la del Rio y á Leticia con el mas afectuoso cariño.

— Os he llamado, mi querido Rogelio, con el único objeto de presentaros á mi amigo el conde de Cinkar, con el que sin duda simpatizaréis desde luego, por la nobleza de su carácter, y ademas porque ambos habéis sido víctimas de la farsanta princesa de Florini.

— ¿Luego sois el conde italiano de cuya aventura tanto se ha dicho ?

— Vuestro servidor y amigo, contestó inclinándose.

— ¡ Oh ! pues creed que tengo un placer vivísimo en estrechar con vos mis relaciones de amistad.

Tendió con la mayor franqueza ambas manos al extranjero, que las estrechó con efusion, simpatizando con ardor desde aquel momento los dos nuevos amigos.

— Sentaos, marqués, si queréis ver la representacion desde aquí, pues acaba de sonar la campanilla que anuncia va á levantarse el telon.

— Gracias, me marchó ; volveré luego.

— En el primer entreacto pasaré á vuestro palco, le dijo el conde.

— Me alegro, con eso os presentaré á mi esposa y á Honorata.

— Os lo agradeceré al propio tiempo que lo deseo.

El marqués salió, y el conde, ocupando un asiento, se preparó á oír, no la ópera, que la sabia casi de memoria, sino á las jóvenes cantantes que eran la admiracion de la corte.

El telon estaba levantado, y los acordes de la orquesta embriagaban al espectador de dulcísimas y plácidas emociones.

CAPITULO VII

EL PRIMER ACTO.

El primer acto de la magnífica ópera en que por primera vez se presentaban reunidas las dos hermanas, fué oído por el inmenso y escogido público que llenaba el teatro, con el mas religioso silencio.

Al presentarse en escena nuestra simpática Rosa, el escenario se cubrió de flores y los entusiastas aplausos resonaron de todos los ángulos, saludando la aparicion de la jóven y hermosa cantante.

Vestia un precioso traje, adecuado al papel que representaba, y con el cual aparecia su esbelta y arrogante figura, mucho mas majestuosa y altiva. Su airoso porte y sus distinguidos ademanes, resaltaban naturalmente al verse objeto de la entusiasta admiracion de un público tan ilustrado. La emocion y el agradecimiento mas puro advertianse en su rostro; al propio tiempo que la luz de una inteligencia elevada, el destello de un genio poderoso brillaba en su serena frente.

Después de corresponder al unánime saludo con que fué recibida, comenzó su canto con voz clara, entonación robusta, vigorosa, prosiguiendo todo el acto sumamente inspirada y feliz.

Millares de ojos tenían fija en ella la vista, millares de oídos estaban suspensos de su voz, millares de corazones latían con embriaguez embelesados por aquella armonía, por aquel canto mágico, divino, encantador.

En el palco número cuatro, había dos personas que la contemplaban, no solo con admiración, con éxtasis, sino profundamente conmovidas y con lágrimas en los ojos.

Eran Leticia y el conde de Cinkar.

— ¡ Oh ! ¡ es ella !... ella, murmuraba la viuda de Simon medio trastornada y mirando á Rosa con delirio.

— ¡ Oh ! ¡ es Rosa !... ¡ es mi querida discípula !... exclamaba á média voz el conde, escuchando con profunda atención y sin atreverse á respirar por no perder una nota.

La cantante terminó con universal aplauso un aria difícilísima, y cuando todos los bravos y las palmas resonaban por doquiera, el conde y Leticia dejaron correr de sus ojos un raudal de lágrimas.

Sin desaparecer Rosa de la escena, se presentó Lidia con un traje ideal fantástico... hermosa como nunca, con la llama del génio, brillando en su fisonomía, en sus ojos, en todo su ser. Salió cantando, y al verter sus armónicos acentos sobre aquel pueblo que con éxtasis la escuchaba, un doble grito resonó en dos palcos de platea.

— ¡ Ellas son !... ¡ las dos !... ¡ las dos !... ¡ Lidia y Rosa !... gritó sin poderse contener el noble italiano.

— ¡ Mis hijas !... ¡ mis hijas ! murmuró con voz ahogada Leticia.

Y ambos, enajenados, fuera de sí, tendieron los brazos hácia ellas, llamando con tan espontáneo ademán la atención de las personas inmediatas.

En el palco que ocupaba la familia de Pináres, ocurría una escena parecida. Honorata al ver á Flor del Espino, la reconoció instantáneamente. Una sola mañana la habia visto en las alamedas del Retiro, pero quedaron grabadas sus facciones en la turbada mente de la jóven condesa, que despues no la pudo olvidar. Así fué, que al aparecer en las tablas, su primer impulso sin poderse contener, la hizo extender ambas manos hácia ella, y con la mirada fija y el pecho palpitante gritó :

— ¡ Oh ! ellâ !... ella !...

— ¿ Quién, hija mia, qué dices ? la preguntó la marquesa acercándola hácia sí, en tanto que Rogelio y Flora escuchaban con admiracion á la jóven cantante.

— ¡ Oh ! ¡ esa mujer !... ¡ esa que canta !... ¡ es Lidia... la que me ha robado el corazon de Rafael !

— ¿ Estás segura ?

— Sí, sí ; la conozco perfectamente ; y aunque mi vista se equívocase, el corazon no se engaña... ¡ Ved como tiemblo !...

— Calla y disimula...

— ¡ Esa mujer es un genio... una notabilidad... y

yo, pobre de mí, solo poseo, para luchar contra ella, un amor grande como el infinito!...

Honorata calló, y aunque pálida y afectada en alto grado, se dispuso á seguir escuchando.

— ¿Quiéres que nos retiremos? la dijo la marquesa.

— ¡Oh! no, voy á juzgarla hasta el fin, sabré si es digna de su amor.

Ni una palabra mas volvieron á pronunciar; desde aquel momento todo fué admiracion, aplausos y una ovacion constante y prolongada.

Cuando cayó el telon, los espectadores pudieron respirar con libertad, sus sentidos habian permanecido suspensos, absortos...

El conde de Cinkar, levantó la cabeza volviendo de su profunda abstraccion.

— ¡Oh! ¡las dos; las dos son un prodigio!... exclamó la anciana marquesa, ¿pero os vais, conde?

— Sí; voy á verlas de cerca.

— ¿Las conocéis?

— Son mis discípulas.

— Os acompaño, dijo Leticia levantándose y tomando con resolucion el brazo del conde.

En las facciones de la pobre loca, brillaba un rayo de luz. Diríase que la razon habia recobrado su dominio despertando al poderoso grito de la naturaleza.

— ¿Y dónde vas? ¡tú no las conoces! dijo la del Rio admirada del súbito cambio que advirtió en las facciones de Leticia.

— Mi corazon las reconoce.

— ¡Qué cosas tienes! Tambien dirás que son tus

hijas, como la jóven que vimos en casa del pintor.

— Vamos, vamos, murmuró con impaciencia sin hacer caso de la marquesa y arrastrando tras sí al conde.

En el palco de la marquesa de Pináres tambien se hablaba con superior encarecimiento de las dos hermanas.

Flora salió con el pretexto de visitar una amiga que se hallaba en un palco inmediato, y habiendo quedado solos con Honorata los dos esposos, dijo la marquesa á Rogelio :

— ¿No conoces á la hermosa jóven que acaba de encantarnos con su melodía ?

— Es la primera vez que la veo.

— Tenemos con ella una gran deuda de reconocimiento y al propio tiempo nos ha causado un pesar muy grave.

— ¿Pues quién es? No adivino..... contestó el marqués pensativo.

— Ese portento de belleza y de talento es Lidia ; la que con su aviso os salvó del puñal de los asesinos en las montañas de Navarra y la que ha sabido cautivar el corazon de Rafael hasta el extremo de vernos precisados á desterrarle de la corte por temor al poderoso influjo de esa sirena.

— ¡Honorata lo sabe ! ¡Mira qué triste está !

— Ella es la que me lo ha dicho.

— En ese caso no debéis permanecer aquí ; retiraos.

— ¿Y tú ?

— Yo me quedo.

— ¿Pretendes hablarla?

— Si puedo conseguirlo, sí.

La marquesa, volviéndose hácia Honorata que ni una palabra habia escuchado del anterior diálogo, la dijo :

— ¡ Hija mia ! estás pálida, yo bastante afectada, y al vernos así Rogelio desea que nos retiremos.

— Si mi querido padrino lo manda y vos os sentís mal, obedezco con gusto, aunque tendria un placer en oír la ópera hasta el final.

— ¡ Ah ! no ! sufrirías demasiado !...

— Pero acabaré de formar mi opinion con respecto á su mérito.

— Para eso has oído lo suficiente.

— ¡ Es verdad ! como cantante es un genio sorprendente, una maravilla en el arte, como mujer un portento de hermosura ; si su parte moral corresponde á estas cualidades, os confieso desde luego que saldré derrotada, perdiendo el corazon de Rafael.

El doloroso tono con que la condesita pronunció estas palabras, hicieron conmovér á su madrina, la que despues de prometerla que abreviarían su boda lo posible para que no abrigase temores de ningun género, se la llevó del teatro sin aguardar á Flora.

Entre tanto el conde de Cinkar y Leticia pretendieron ver á las dos hermanas, y no pudieron conseguirlo, porque estas no recibían en el teatro absolutamente á nadie ; sin embargo, uno de los porteros se encargó de llevarlas una tarjeta en la cual escribió el conde algunas frases.

Empero no tuvieron mas remedio que volverse á su palco porque el telon estaba próximo á levantarse.

Cuando Rosa recibió la tarjeta del conde de Cinkar, exclamó con viva alegría :

— ¡ Oh ! ¡ qué felicidad ! nuestro querido maestro está aquí : nos ha reconocido y desea vernos esta noche.

Luego, volviéndose hacia el criado que esperaba la contestacion, le dijo :

— Cuando vuelva este caballero, introducidle inmediatamente en nuestro cuarto, y si no estamos allí, que aguarde.

Flor del Espino participó del regocijo de Rosa, y en sus expresivos semblantes brillaba la mas pura satisfaccion.

CAPITULO VIII

EL SEGUNDO ENTREACTO.

¿Cómo tan sola, mi querida marquesa? dijo Rogelio entrando en el palco de la del Rio.

— El conde y Leticia han ido á visitar á esas encantadoras niñas.

— Y no lo han conseguido, dijo el mismo conde

presentándose en el hueco de la puerta que aun permanecía abierta.

— ¡Hola! amigo mio, ¿las conocéis?

— Son mis discípulas; por espacio de ocho años han estado aprendiendo bajo mi direccion la música y el canto.

— Podéis estar envanecido, porque os honran admirablemente.

— Apenas comencé á escucharlas las reconocí, aunque no las he visto desde pequeñas.

— Entónces nos diréis, si segun se dice, son unas aventureras ó personas distinguidas.

— No podré satisfacer vuestra curiosidad, mi querida marquesa; os puedo decir únicamente que durante uno de los tristísimos y amargos períodos de mi borrascosa vida, las vi en Paris; eran unas niñas de seis á ocho años, y estaban en poder de una horrible vieja que las martirizaba sin piedad, haciéndolas pedir limosna en las calles, y teniéndolas casi desnudas y muertas de hambre y frio.

— ¿Y aquella mujer era su madre? preguntó Leticia con asombrosa serenidad.

— Yo creo que no, aunque ellas como á tal la trataban.

— ¡Oh! ¡mis hijas!... ¡mis hijas!... murmuró la infeliz inclinando la cabeza sobre el pecho y demostrando al conde con un signo que podia proseguir.

Este despues de una pausa exclamó :

— Su disposicion era admirable; la bondad de su alma angelical, tanto, que las amé con delirio, con-

sagrando muchos años con afanoso desvelo en hacerlas aprender un arte que hoy rinde á sus piés tantos laureles.

— Mas yo creo no hayan estado en el teatro hasta ahora, dijo el marqués de Pináres.

— ¿Por qué lo sabéis?

— Contestadme ántes á una pregunta.

— Decid.

— ¿La mujer que las tenia en su poder, se llamaba Corneja?

— Con ese apodo la distinguían : su verdadero nombre lo ignoro.

— Pues bien, esa misma Corneja las ha tenido mucho tiempo en una hostería de Lavapiés, donde han estado siendo la admiracion de aquellos barrios, hasta que, cansadas sin duda de sufrir los malos tratamientos de esa arpía, se han escapado de su casa.

— ¡Será verdad! ¿y cómo han conseguido entrar en el teatro?

— Lo ignoro, yo tengo con ellas una deuda de inmensa gratitud, y deseo verlas para que sepan no han hecho tan gran beneficio á un ingrato.

Leticia escuchaba con éxtasis; y oprimiéndose el corazon con las manos, repetía á cada instante :

— ¡Oh! ¡mis hijas!... ¡mis hijas!...

La anciana marquesa iba á hacer una observacion, cuando el telon se levantó. Como todos prestaron al espectáculo una grande atencion, se calló, quedando sin embargo muy pensativa y con los ojos fijos en

Leticia, la que en pocos minutos habia sufrido un cambio completo.

Su mirada, ántes extraviada y delirante, era dulce y grave, sus facciones habianse revestido de una serenidad extrema, y en su pálida y hermosa frente un tanto fruncida, notábase una alteracion ; inclinada hácia el pecho, parecia dominada por un pensamiento fijo, profundo, por una ráfaga de cordura.

— ¡Oh! ¡esas niñas!... ¡esas niñas! pensaba en sus adentros la del Rio ; muy bien puede suceder que sean sus hijas. Ellas han estado en Paris, donde el conde las conoció muy pequeñitas, y allí fueron arrebatadas á su pobre madre. Han vivido con una mujer grosera, innoble, que acaso las recogiera por caridad ó por especulacion de manos de los bandidos, y á la cual, segun se comprende, no las une ningun lazo de parentesco ni de simpatía, porque estas infelices, dejándose llevar de su genio y de su altivez, la han abandonado dejando su casa sin remordimiento alguno.

— ¡Oh! esta misma noche es preciso descubrir ese misterio.

Aquí llegaba de sus reflexiones, cuando apareció en la escena Flor del Espino. Multitud de gemelos se fijaron en su agraciada figura ; pero con insistencia los del palco número cuatro.

— ¿Encontráis en esa niña alguna semejanza con Leticia? preguntó la del Rio al conde.

Este, que desde luego pensó lo mismo que la marquesa, examinó con cuidado á una y á otra, y murmuró con asombro :

— ¡Oh! ¡y pasmosa! ¡una semejanza admirable!

No queriendo sin embargo fiarse de sí mismo, hizo igual pregunta á Rogelio, el que despues de un exámen detenido, contestó afirmativamente.

En efecto, Flor del Espino era un vivo retrato de Leticia, pues como saben nuestros lectores, su hermosura suave y delicada contrastaba poderosamente con la arrogante gallardía de Rosa.

— ¿Si serán sus hijas, conde?

— Muy bien puede ser, contestó este á média voz; yo casi lo creo, y mas al ver que al grito de la naturaleza ha despertado la razon y la extraviada mente de Leticia. Vedla qué tranquila está, y sin apartar la vista ni un solo momento de las niñas.

— Al verla de esa manera es lo que me ha hecho reflexionar.

En tanto que sostenian esta conversacion la anciana señora y el conde, tenia lugar otro diálogo en uno de los sitios mas retirados del teatro.

Era un palco muy escondido, desde donde se observaba todo sin ser vistos... En su fondo se destacaban dos figuras. El lector conocerá en ellas desde luego á Flora y á la Corneja. Esta no iba vestida con el traje ordinario y grosero que llevaba en la hostería, sino con uno de raso negro, manteleta de lo mismo y una enorme papalina sobrecargada de lazos y adornos.

Su repugnante y apergaminado rostro y su nariz en forma de arco, lucian su espantosa fealdad entre aquella profusion de encajes.

— ¿Y decís que ahora están solas en el palco? preguntó á la baronesa que, escondida entre las cortinas del antepalco, dirigia los gemelos al sitio en que hemos dejado á Rogelio.

— Sí, porque el marqués de Pináres le veo con la del Rio, y sin duda se prepara á ver desde allí el segundo acto, porque se ha sentado con mucha calma.

— Entónces él mismo nos anticipa la ocasion, dijo la Corneja sacando de entre sus vestidos un afiladísimo y agudo puñal.

— Perfectamente; si ejecutáis el plan que me habéis propuesto con toda seguridad, el triunfo es nuestro, yo seré condesa del Palancar, y vos adquiriréis un porvenir tranquilo y brillante.

— Nada temáis; estoy acostumbrada á estos lances, y el golpe irá derecho al corazon; pero decidme, ¿y si no puedo escapar entre la multitud y me prenden?

— Dejaos prender sin miedo alguno; y confesad que sois pagada por la princesa de Florini; como ya pesan sobre este nombre algunas acusaciones, os creerán con facilidad, y en tanto que la buscan, yo os sacaré de la prision. Ya sabéis el poder del oro, y que Ataulfo y Atocha están libres, gracias á mis riquezas.

— En eso confío; y ademas si no cumplís vuestra palabra, declararé sin miramiento alguno que la princesa de Florini y la baronesa de Pereival son una misma persona.

- ¡Eso nunca! articuló aterrada Flora.
- Vuestra conducta asegurará mi silencio.
- Id, y nada temáis.

La Corneja, miéntras la atencion del público estaba fija en la escena, se dirigió al palco que creía ocupado por la marquesa y Honorata, las que, como saben nuestros lectores, se habian marchado á su casa, debiendo á esta casualidad el no ser asesinada la jóven y bella condesita del Palancar.

CAPÍTULO IX.

LA MADRE Y LAS HIJAS.

La ópera habia terminado.

Aun se hallaban las dos hermanas en el palco escénico recogiendo aplausos, coronas y flores, cuando ya las esperaban en su cuarto el conde, el marqués, Leticia y la marquesa.

Hubo entre estos personajes un momento de indecible afan, en que sus corazones temblaban de emocion, en que sus almas se entendian y esperaban con angustiosa zozobra que la puerta del aposento se abriese, apareciendo en ella las esbeltas y graciosas figuras de las jóvenes cantatrices.

Leticia habia sufrido una trasformacion moral, su corazon despertó de súbito á la vista solamente de aquellas, y la voz de la naturaleza gritó en el corazon de la desolada madre : ¡ esas son tus hijas ! y la infeliz siguió repitiendo con delirio : ¡ mis hijas ! ¡ mis hijas !

Tambien otro dia hubo sentido aquel impulso supremo á la vista de Rosa en casa del pintor, la duda le ahogó en su pecho, y no estalló como entónces que las veía reunidas y con algun dato para creerlo. Sin embargo, Rosa que conservaba desde la infancia las facciones de su madre grabadas en el alma, la reconoció por instinto, por amor... y medio loca, siguió el carruaje gritando : ¡ mi madre ! ¡ mi madre !... empero su madre no la oyó, y en vez del maternal afecto encontró la burla y los sarcasmos de los lacayos de su casa.

El aposento en que se hallaban esperándolas, era pequeño, ocupando el centro un magnífico espejo ; del balcon pendian colgaduras de damasco, entre estas y el espejo se colocó Leticia, por disposicion del conde, que quiso hablar á las jóvenes ántes de que viesen á su madre.

Retirado en un ángulo, habia un divan donde se sentaron Rogelio y la marquesa.

El conde permanecia en pié, cuando la puerta se abrió con estrépito, y aparecieron Rosa y Flor del Espino cargadas de flores y coronas, las que cayeron por la alfombra al movimiento de alegría que las niñas hicieron por correr hácia el italiano.

— ¡Nuestro querido maestro! exclamaron á un tiempo.

— ¡Hijas mías! ¡qué felicidad volver á encontraros despues de una ausencia tan larga!...

— ¡Y cuánto hemos sufrido! murmuró Flor del Espino desasiéndose de los brazos del conde y apoderándose con efusion de una de sus manos.

— ¡Pobres ángeles! lo creo. ¿Con aquella horrible mujer que teniais por madre, y qué ha sido de ella?

— Lo ignoramos; tuvimos que dejarla, conociendo sus maldades y vivamente persuadidas de que no habíamos recibido el ser en sus entrañas.

— ¿Y con qué datos habeis adquirido ese convencimiento?

— Escuchad.

Rosa, apoyándose en el brazo del extranjero, le dijo con voz conmovida :

— Una noche en que se hallaba en un momento de embriaguez, nos acercamos á ella, y repeliéndonos con fuerza, gritó : « no sois mis hijas; quitad, quitad, aun veo en Paris la figura de vuestra madre á quien os robé, y su maldicion pesa sobre mi cabeza como una barra de plomo. »

Estas palabras nos hirieron en el corazon, comprendimos que era verdad, porque una madre por mala que sea, nunca inspira horror ni desprecio, y por aquella mujer sentíamos ambas cosas desde la infancia.

Entónces resolvimos abandonar su infame casa,

donde solo se respiraba la atmósfera de los vicios, y lo ejecutamos, teniendo la suerte de hallar un hombre generoso que con su proteccion nos hizo entrar en el teatro, adquiriéndonos con el hermoso arte que de vos hemos aprendido una subsistencia honrada. ¡ Ay! ¡ sin este recurso hubiéramos muerto de hambre!...

— ¡ Infelices! ¿ quisierais ver á vuestra madre?

— ¡ Ay! es nuestro sueño de ventura, exclamó Flor del Espino con los ojos llenos de lágrimas.

Leticia temblaba de emocion.

La marquesa y Rogelio continuaban medio escondidos sin atreverse á respirar por no llamar la atencion de las jóvenes, que se creían solas con el conde.

— Sus facciones están grabadas en nuestro corazon, exclamó Rosa, y en todas partes la vemos. Si los impulsos del corazon no engañan, ya sabemos quién es.

— Explicaos.

— Una mañana estando en casa de un pintor en la calle de la Cruz, entró una señora pálida, enferma; era la sombra de la que yo habia visto en mis sueños de niña siempre al pié de nuestra cuna y arrullándonos con sus dulcísimos cánticos; la que en nuestros primeros años vertia sobre nuestra frente de ángel el néctar purísimo de las caricias maternales. ¡ Oh! ¡ sí, era ella!... yo la reconocí, ella tambien debió sentir algo en su corazon, porque me abrazó con ternura llamándome su hija. Mi corazon queria saltar del pecho, sentíame ahogada por la emocion.

¡Empero tuve que desprenderme de aquella ilusión querida!

La pálida señora lloraba mucho, y otra que la acompañaba me arrancó de sus brazos haciéndome apartar de su presencia. Obedecí en silencio, bajé á la calle, y en vez de marcharme, me situé en una casa de enfrente, por mirar otra vez la hermosa imágen de mis sueños de niña.

Salieron, las vi subir en el coche, que partió á escape. Una fuerza suprema me impulsaba á seguirla, y medio loca, delirante, corrí tras su huella gritando : ¡madre mia! ¡madre mia!...

El carruaje paró ante una gran casa en la plaza del Progreso, y yo caí de rodillas en el umbral, llamando á mi madre con un grito del alma; mas solo al final de la escalera pude distinguir los pliegues de su ropaje; entónces, rendida de angustia y de cansancio, me desmayé.

Pretendí entrar en la casa aunque fuera á desempeñar los servicios mas humildes, y al oír mi deseo, los porteros y los lacayos me respondieron con crueles burlas, con insolentes sarcasmos!... ¡qué dolor! ¡Ah! ¡mi querido maestro, no sabéis cuánto sufrí!... nos tenían por hijas de la Corneja, y esta mujer goza de una reputacion harto dudosa para que sus hijas pudieran entrar en ninguna casa honrada.

— ¡Pero vosotras seguis abrigando la idea de que aquella señora es vuestra madre?

— Sin duda alguna. Despues he llevado á Flor

del Espino á que la contemplase, y ha sentido igual emoci3n que yo; reconociéndola igualmente en la hermosa aparici3n que velaba nuestros sueños infantiles. Muchos días vamos, contentándonos con ver su sombra reflejar en el cristal de los balcones, y enviándola desde el portal de enfrente nuestros ósculos de ternura, nos volvemos á nuestra casa tristes y cabizbajas.

Ninguno de los circunstantes podia resistir su emoci3n, escuchando el interesante y sentido relato de Rosa. Gruesas lágrimas brotaban de los ojos de la marquesa.

Leticia, en una actitud imposible de pintar, habia caido de rodillas, lloraba y reía, teniendo los brazos extendidos hácia las dos hermanas.

Con objeto de que estas no distinguieran á las personas que habia en el aposento, se habia interpuesto el conde entre ellas y los reflejos de la magnífica lámpara que estaba colocada sobre la mesa. De repente se apartó, dejando que la luz diese de lleno en la pálida figura de Leticia.

— ¿Es esa vuestra madre? dijo extendiendo el brazo en aquella direcci3n.

— ¡Hijas mias! murmuró Leticia medio ahogada por los sollozos.

— ¡Madre del alma! gritaron las dos jóvenes precipitándose en sus brazos con frenético delirio.

Concibo en mi mente toda la sublimidad, toda la inimitable grandeza de este precioso cuadro, y no hallo tono ni exacto colorido para pintarlo. Mi inex-

perta pluma considérase demasiado humilde para acometer una empresa tan colosal, y lo dejo, exponiendo únicamente á la consideracion de mis lectores los detalles de una escena tan tierna, como bella y poética.

Por espacio de algunos minutos, solo se escucharon en el aposento sollozos, besos y suspiros, emanados de corazones que yacian oprimidos largo tiempo por un dolor profundo, sin límites, y que al cabo encontraban expansion dulcísima y consoladora.

El conde cayó en un sillón sin fuerzas para sostenerse, y era el único que, al par que de placer, vertia lágrimas de amargura.

Recordaba que tuvo una esposa bella y angelical, un hijo querido, del que únicamente disfrutó las infantiles caricias, y una hija despues, que juzgaba sumergida en las insondables aguas del espumoso océano.

Las almas tiernas y sensibles, comprenderán las sensaciones de cada uno de los actores de la patética escena que acabo de bosquejar, y aunque falta de ánimo para proseguir, corro sobre ella un velo, y nuestros lectores continuarán contemplándola con los ojos de la ilusion.



CAPITULO X

EL TALLER DE MODISTA.

Á semejanza de Alberto, cuando fué á buscar en la casita del valle á su querida Clementina, así Carlos, levantándose con el alba, se llegó por la parte del jardín á ver si Edelmira tenia puesta alguna señal en su reja, por la cual pudiese conocer que le aguardaba.

Era en esa hora misteriosa en que la brisa murmura y las aves de la selva entonan sus primeros cantos, cuando la naturaleza despierta con los fulgentes rayos de la aurora ; empero en la mañana á que nos referimos, no halló nuestro enamorado jóven esas agrestes bellezas, sino un cielo encapotado y oscuro, y un vienteillo sutil y poco agradable.

— Qué desapacible está la mañana, murmuró embozándose en su ancha capa. Debe haber llovido bastante.

En efecto, los campos estaban húmedos, y de las casi marchitas hojas de los árboles, desprendianse cual chispas de cristal brillantes gotas de agua.

Carlos llegó á las inmediaciones de la quinta, ad-

mirándose de la soledad que reinaba en torno. Hallábanse las ventanas herméticamente cerradas, y en particular las que daban al jardín que pertenecian al aposento de Edelmira, tenían las persianas corridas, y no se notaba en la rejas la mas pequeña señal.

— ¿Si dormirán todavía? murmuró dando la vuelta á la casa, y admirándose de que ni una sola ventana de las que correspondian á las habitaciones que ocupaban los señores estuviese abierta.

— Quizá como es temprano duerman todavía; pero Lisa y Edelmira oirán la seña convenida. Probemos.

Se colocó en un sitio desde donde puedo ser oido con facilidad, y remedó por tres veces con inimitable maestría el cántico del jilguero.

En vano siguió repitiéndole una y otra vez; solo tuvo por respuesta el gruñido de un enorme mastin que dormia debajo del emparrado.

— ¡Diablo! ¿si se habrán marchado?

Al asaltarle este pensamiento, una ráfaga de ira coloró sus mejillas, y en sus hermosos ojos brilló como un relámpago de odio.

— ¿Me habrá burlado ese bandido de Pereival? ¡Oh, no me queda duda, es él! Rosa me ha dicho cien veces: «detesto á ese hombre.» Y tenia razon; su antipática fisonomía predispone contra él con solo mirarle una vez.

No puedo creer que sea padre de Edelmira, aquí hay una intriga tenebrosa, y quizá conduzcan á un abismo á esa niña inocente. Quise prevenirla anoche, y acaso él lo impediria poniendo de centinela á la

cócora de doña Crispina, que es otra buena pieza como su señor.

No pudiendo sufrir su impaciencia, decidióse á llamar á una de las ventanas, por la cual habia hablado algunas noches con Edelmira, suponiendo comunicarian con su habitacion. Acercóse despacio, y al mover las persianas con objeto de ver si estaban cerrados los cristales, cayó al suelo un papel.

— ¡Hola! esto es un aviso, dijo abriéndole precipitadamente.

Hé aquí su contenido :

« Señor marqués : Vamos á partir esta misma noche á las doce ; acabo de saberlo por uno de los criados que tienen órden para preparar el carruaje. La señorita lo ignora sin duda, y está cenando muy tranquila con su padre.

» Aprovecho este momento para deciros, que si queréis saber de nosotras, vayáis á Madrid, pues tan luego como estemos en un puesto fijo, haré que la señorita os escriba dirigiendo la carta, para que os la entregue, al jardinero del palacio de Florini.

» Vuestra humilde servidora,

» *Lisa.* »

— ¡ El viejo taimado ! ¡ cómo ha sabido burlar mi vigilancia ! ¡ pero no te valdrán tus tretas ! yo la encontraré y será mi esposa, mas que te pese á ti y á esa orgullosa princesa.

Resuelto á partir en seguida de Valle-Real, se retiró al palacio, y despues de tomar un espléndido desayuno, pues las contrariedades no le quitaban el

apetito, mandó enganchar su coche, y sin temor á la lluvia que empezaba á caer de nuevo, y con bastante fuerza, tomó el camino que debía conducirle á la corte de las Españas.

Una vez en Madrid, tuvo que tomar sus precauciones para no ser reconocido, suponiendo y con razon que la Colasa habria dado parte á la justicia, acusándole de haber sustraído su tesoro y le buscarian para sepultarle en una cárcel.

En esta idea, fué á hospedarse en una posada, se disfrazó con un traje poco adecuado á su edad, una enorme peluca canosa, anteojos verdes y grandes patillas rubias con algunas hebras de plata.

Deseoso de saber qué habia sido de su amada Rosa, hácia la cual, sin embargo de su proyecto de enlace con Edelmira, se sentia un tanto aficionado, dirigió su paso á la calle de Lavapiés.

La hostería estaba abierta, penetró en ella y admiróse de la trasformacion que sufriera en pocos dias. Á su antiguo título de *Hostería* habian sustituido el de *Modista*, y vió en efecto en la primera pieza tres ó cuatro muchachas ocupadas en confeccionar algunos trajes de niños.

— ¿No está la señora? preguntó Cárlos viéndose dentro y sin saber cómo disculpar su presencia, aunque mas bien creyendo que la Corneja habria cambiado de industria.

Las oficialas le miraron con asombro; una de ellas se levantó y dijo desde la puerta que comunicaba con la trastienda :

— Doña Atocha ; aquí hay un caballero que os busca. En tanto Cárlos miraba con curiosidad á las jóvenes y no reconociendo en ninguna de ellas á Rosa ni á Flor del Espino, hizo un gesto de disgusto.

La llamada doña Atocha salió hablando misteriosamente con un moceton mal encarado, en cuyo rostro lucian unas hermosas y rizadas patillas.

— ¡Hola ! tú por aquí, perillan ! murmuró Cárlos para sí reconociéndole.

— Adios, Atocha, dijo el buen mozo, saliendo á la puerta. Hasta la noche.

— Adios, Ataulfo, contestó la jóven : ya sabes, esa señora puede venir cuando guste, pues la tienda no se cierra tan temprano.

— Sí, ya lo sé. Adios.

Nuestros lectores habrán conocido á los dos personajes que dejámos en casa del marqués de Pináres, donde fueron sorprendidos conduciéndolos á la cárcel, y los volvemos á encontrar en la trasformada tienda de la Corneja.

Cárlos, gracias á su disfraz, no pudo ser reconocido por Ataulfo, y en cuanto á Atocha, era la primera vez que la veía y no tuvo reparo en acercarse á ella.

— ¿Qué se os ofrece, caballero ? preguntó esta.

— Deseaba saber, dijo con desembarazo, si tendriais inconveniente en hacer unos trajes para una novia.

— Inconveniente, ninguno.

— Sí, pero es el caso que corren mucha prisa, y deben estar hechos en pocas horas.

— ¡Eso no importa! mis oficialas velarán en caso necesario.

— Tampoco podéis ir á probárselos á su casa.

— Me es igual, si la señorita viene aquí ó me manda uno de sus vestidos.

— Esto será lo mas acertado; sin embargo lo consultaré con ella, y volveré mañana.

— Corriente, cuando gustéis.

— Adios, señora.

— El cielo os guarde.

— No sé qué pensar de esta trasformacion, salió murmurando Cárlos. La Corneja ni las chicas, no están en la tienda, y Ataulfo entra en la casa y trata á la modista con mucha confianza. ¡Aquí hay gato encerrado!

No he querido preguntar nada por no despertar sospechas y tener pretexto para volver otro dia. Así me ha parecido prudente, veremos. Ahora voy á dar una vuelta por la calle de Segovia, y luego veré á mi amigo Sebastian, al que no tengo inconveniente en descubrirme, porque es generoso y leal, y puedo contar con su auxilio en caso necesario.

Embozóse en su ancha capa, y siguió á lo largo de la calle hasta desembocar en la de la Magdalena.

CAPÍTULO XI

INDAGACIONES.

Ni la vieja usurera me conoce con este disfraz ; ¡ imposible ! Voy á pasar por su calle, porque, francamente, tengo curiosidad de saber cómo ha quedado. ¡ Ah ! ¡ pobre mujer !... en verdad que ha sido una mala pasada, pero si bien se mira, el lazo en que pretendia enredarme no era mejor. Casarse conmigo, ¡ já, já ! ¡ bonito matrimonio ! ¡ semejante espantajo !... Y qué ufana hubiera ido con un mozo de mi temple ; en fin, ya se habrá desengañado de que el Carlitos tiene otras aspiraciones mas elevadas.

Y no lo puedo remediar, siento bullir en mi mente unas ideas de engrandecimiento, de alta jerarquía, que no sé á qué atribuir las habiéndome criado siempre tras los viejos cachivaches de la prendería. Esto debe ser porque bulle en mis venas una sangre altiva y generosa ; yo debo ser hijo de algun potentado, y nunca mas que ahora debo averiguar los misterios de mi nacimiento. Mi posicion, mirándolo bien, no es nada alhagüeña. No puedo presentarme con mi nombre, ni hacer ostentacion de esas riquezas, sin exponerme á que me prendan. La Colasa habrá dado parte á la

justicia, y si me cogen, maldita la gracia que me hará el verme metido en chirona. Lo uno por perder la libertad que es muy hermosa, lo otro porque mi casamiento con Edelmira acaso se frustrase, y lo peor de todo, porque no me gusta quedarme sin ese dinero que hoy forma mis delicias y la base de mi futuro porvenir. Sí, esto es muy cierto, con él puedo sostener mi rango de marqués un poco tiempo; siquiera hasta apoderarme de la blanca mano y la pingüe herencia de esa romántica niña. Y en cuanto nos casemos, léjos de aquí. A Italia, á disfrutar en los estados de Florini la magnífica posicion con que nos brinda la fortuna.

Empero yo ántes debo hacer averiguaciones, y saber quién son mis padres. Veré á la tia de la Colasa que está en el hospital de incurables, y ella acaso me sacará de incertidumbre. Tampoco quiero marcharme sin ver á Rosa; ¡pobrecilla! ¡cuán indignamente la he abandonado! ¿qué dirá de mí? que soy un ingrato, un falso... y escucharé de su boca mil improperios, si me conoce desde luego; ¡aunque bueno sería ir disfrazado por si acaso!... Ellas deben seguir viviendo en el taller de la modista, mañana me informaré.

Embebido en estas y otras reflexiones por el estilo, llegó el audaz mancebo á la calle de Segovia. Recorrió ambas aceras de arriba abajo, mirando á todos lados con curiosidad. Por último, se puso en frente de su antigua casa. Dirigió al interior miradas recelosas, y no fué pequeño su asombro al encontrar la

prendería igualmente trasformada que la hostería de la Corneja ; variando únicamente que en esta se habia establecido una modista, y aquella desprovista de todos los muebles y baratijas que ántes la obstruía, hallábase desalquilada, ocupándose los albañiles en blanquear las paredes.

— ¡Hola ! murmuró para sus adentros. Parece que á la Colasa no le ha gustado permanecer en su antiguo nido. No sé á quién preguntar. Pero, calla, aquí está la señora Gervasia, la noticiera del barrio, y ella me dirá mas de lo que quiero saber.

Dirigióse á la viejecita que, sentada á la puerta de su casa, se ocupaba en hacer calceta.

— ¿Tendréis la bondad de decirme, buena señora, dijo Cárlos, si está desalquilada aquella tienda de enfrente?

— Sí, señor ; desde que se vendió judicialmente todos los muebles que á fuerza de años y usuras habia ido hacinando en ella la pobre Colasa, nadie ha entrado á habitarla.

— ¿Judicialmente decís? ¿pues cómo ha sido eso?

— Muy sencillo. La Colasa era una de esas mujeres á quien se las figura que porque tienen mucho dinero, pueden aspirar á casarse con quien quieran, y se le antojó hacerlo con un pobre expósito que desde pequeñito tenia recogido en su casa. El mancebo, que es un arrogante chico y con una figura como hay pocas, fingió acceder á sus deseos, pero fué con el doble objeto de apoderarse de sus riquezas, y largarse luego con ellas.

— ¡Qué diablo de chico! ¿y lo consiguió?

— Ya lo creo, de la noche á la mañana ha desaparecido, llevándose, no solo todas las riquezas de la pobre mujer, sino hasta diez mil duros que tenia que entregar al dia siguiente; y como no pudo satisfacerlos, la justicia se echó encima, y le han vendido cuanto la quedaba en efectos, quedándose la infeliz sin novio y en la calle.

— ¡Pero eso ha sido una picardía!

— ¡Y qué queréis! ella se ha tenido la culpa; si desde pequeñito hubiera enseñado al Carlitos á trabajar y á ser un hombre de bien, no tendria que lamentar hoy esa desgracia; pero le hizo un vago, le dejó adquirir toda clase de vicios, y de aquí proviene que le ha hecho infeliz, porque ese chico tiene que parar en mal, y ella se ha quedado en la miseria.

— Estoy asombrado de lo que contáis; ¿y no sabéis de Cárlos?

— Ignoro si la justicia le habrá encontrado.

— ¿Luego le buscaban?

— Sí; la Colasa dió parte tan luego como se repuso un poco de la enfermedad que la causó su desgracia.

— ¿Y dónde se halla la prendera? quisiera verla.

— Sigue en el hospital, ¿pero la conocéis?

— Á ella no, ni á Cárlos tampoco; pero tengo el encargo de averiguar todo lo relativo al nacimiento de ese chico, porque aquí para entre nosotros, él es hijo de una familia poderosa; por motivos particulares le dejaron en Cádiz en poder de una tia de la Colasa, y hoy quisieran saber su paradero.

— ¡ Eso es difícil ! y en cuanto á adquirir noticias, yo puedo comunicaros alguna.

— ¡ Cómo !

— Sí ; compadecida de esa pobre Colasa voy á visitarla al hospital, y me ha mandado algunas veces á ver á su tia que está en las incurables ; con este motivo puedo preguntar á una ó á otra cuanto queráis saber.

— Me haréis un gran favor, y yo os daré toda la recompensa que á mí me dan por adquirir estos datos.

— No hablemos de eso, y disponed de mí.

— ¡ La recompensa ante todo ! yo soy muy agradecido, y puesto que vais á servirme, aquí tenéis para las primeras indagaciones.

— ¡ Jesus ! señor, qué bueno sois, exclamó la señora Gervasia brillantes de placer sus ojillos grises, y recogiendo el bolsillo que Carlos soltó sobre su falda.

— Aquí no hay mas bondad que el deseo de adquirir unas noticias que me interesan.

— Os prometo quedaréis contento de mi actividad.

— Y de vuestro sigilo ; pues ante todo quiero guardéis el mas inviolable secreto ; enteraos con cautela y sin que sospechen lo mas mínimo, quién dejó el niño á la tia de la Colasa, con todos los pormenores que podáis adquirir, y si es posible, averiguar el nombre y los antecedentes de las personas que le tenían ántes de entregársele á ella.

— Corriente. Esta misma tarde voy al hospital de incurables, llevaré á la pobre paralítica algunas golosinas, con lo cual se pondrá contenta como unas

pascuas y no tendrá inconveniente en confiarme todos sus secretos.

— Pero cuidado no me comprometáis.

— Descuidad, señor mio; ya soy vieja y tengo mucha experiencia para manejarme.

— Así lo creo, y fio en vuestra sutileza. Conque entónces hasta mañana.

— El cielo os guarde, buen caballero.

Cárlos se alejó, y la astuta viejecilla mirándole de reojo murmuró :

— ¡ Hum !... ¡ malo será que me engañe, pero bajo esa peluca gris se esconde un gran perillan !..... en fin, él es generoso, y miéntras dé dinero vamos chupando.

CAPITULO XII

EL REGRESO.

Serian apénas las siete de la mañana, cuando á la puerta del palacio de Pereival paró un coche; apeáronse el baron y López, y subieron con precipitacion la ancha escalera de mármol.

— Anunciad á la señora baronesa mi llegada, dijo Heraclio á una camarera que dormitaba en la antecámara de Flora.

Levantóse en tanto que el anciano se paseaba con impaciencia por el salon, y entró en el gabinete.

Flora no se habia acostado todavía, segun su costumbre, pasaba la noche en vela, durmiendo solo algunas horas de la mañana.

Ocupada en escribir una carta, no advirtió la presencia de la jóven hasta que esta dijo :

— El señor baron acaba de llegar en este momento.

— ¡ Tan pronto ! murmuró la dama soltando la pluma y levantándose sorprendida. ¿ Y dónde se halla ?

— Aguarda vuestras órdenes.

— Que pase inmediatamente.

La doncella salió. Instantes despues entraba Pereival.

— Qué ocurre, ¿ amigo mio ? ¿ cómo un regreso tan rápido ? ¿ y Edelmira ?

— Dejádme descansar y contestaré á ese torrente de preguntas, dijo el baron sentándose con calma cerca de la chimenea.

Flora, en pié frente de él, siguió interrogándole con la vista.

Pereival, tras una breve pausa, exclamó :

— Llegamos á Valle-Real ; Edelmira nos aguardaba con viva impaciencia acompañada de su aya y de su amante.

— Del marqués...

— Sí, del supuesto marquesito de Selva-Verde.

— ¿ Luego es acaso un aventurero ?

— Algo peor.

— Ya me lo figuraba yo, y por las cartas de doña

Crispina llegué á temer alguna cosa funesta.

— Por fortuna llegámos á tiempo de evitarlo, y ya podéis estar tranquila.

— Pero sepamos quién es ese galan.

— El sobrino de la Colasa, aquella infame usurera que en vida de vuestro padre os anticipó algunas cantidades.

— La recuerdo muy bien, pues ella quizá fué la causa de su muerte.

— Ya está pagando todas sus maldades. Este chico, con la idea de casarse clandestinamente con nuestra hija, la ha seguido á Valle-Real, y trataban de llevar á efecto su matrimonio, cuando he llegado á trastornar todos sus planes.

— ¿Y has dejado allí á Edelmira?

— No por cierto ; me la traigo, y queda en la quinta del Jarama.

— Muy bien hecho ; es un lugar bastante retirado y no será fácil la descubra el audaz mancebo, que presumo será una buena pieza.

— Excelente para arrastrar una cadena. Figuraos, cuando con objeto de darse toda la importancia de un marqués alucinando á Edelmira con su faustoso lujo, ha robado á su tia las riquezas que en tantos años de usura lleva atesoradas, dejándola en la calle, ó lo que es peor, en un hospital, donde la infeliz mujer, víctima de su credulidad, se halla moribunda.

— ¡ Qué malvado ! pues tenemos un excelente pretexto para echarle á un presidio si insiste en perseguir á Edelmira.

— El mal está en que ella le ama con delirio, y le cree una persona ilustre.

— ¿ No la habéis desengañado?

— El sombrío dolor que manifiesta me ha impedido hacerlo ; no quise por una parte agravarlo, y por otra exponerme á que no hubiese dado crédito á mis palabras.

— Yo arrancaré de su pecho ese romántico amor.

— Hacedlo como gustéis.

— Sí, corre este asunto de mi cuenta.

— Me alegro, porque no es muy grato hacer padecer á ese ángel.

— Podéis retiraros á descansar, pues supongo habéis traído un viaje fatal con este tiempo de lluvias.

— Esta noche la hemos pasado en la quinta del Jarama donde llegámos ayer tarde ; la anterior sí fué bastante cruel ; la precision de alejarnos de Valle-Real, porque el mancebo perdiera nuestra huella, nos hizo salir á las doce de la noche desafiando el viento y el aguacero.

— ¿ Y quedará bien recomendada el aya para que Edelmira no se comuniqué con su amante?

— Con extremo ; creo que su vigilancia será cumplida.

— Aunque esta quinta está cerca de Madrid, y me será fácil visitarla todos los dias.

— Yo tambien lo he prometido así á nuestra hija.

Pereival se levantó para retirarse á su cuarto, y Flora con la mayor indiferencia se puso á concluir la carta que tenia empezada.

Cuando levantó la cabeza estaba sola.

Llamó á su doncella encargándola que no recibia absolutamente á nadie, y no se la molestase bajo ningun pretexto.

Luego, cerrando la puerta por sí misma, hizo girar uno de los cuadros del gabinete, introduciéndose por el hueco que aquel dejó en la pared. Siguió á lo largo de la galería encontrándose á poco en uno de los salones del palacio de Florini.

La Corneja estaba preparando su desayuno, y al verla aparecer bruscamente, se puso de pié, soltando la taza sobre un velador.

— ¿Te he sorprendido? dijo Flora apoderándose de un sillón y avivando el fuego de la chimenea.

— En verdad, no esperaba á la señora en este momento.

— Hállabame inquieta, desazonada, por haber fracasado nuestro plan de anoche, y vengo á proponerte otro.

— Tambien yo meditaba sobre ello.

— ¡Oh! es preciso que esa chicuela usurpadora de mi título muera á todo trance ó vaya á sepultarse en un convento.

— Quizá esto último no nos sea difícil; ya sabemos el paradero de Flor del Espino. El marquesito ama con delirio á esta chica, y acaso intrigando un poco...

— Eso ya lo tengo pensado, interrumpió Flora, y á propósito, he concebido una idea magnífica. ¿No vas á verlas hoy?

— Sí, señora ; anoche tan luego como las reconocí en el teatro me fui al escenario, y no me permitieron pasar, pretextando que tienen dada órden de no recibir á nadie durante los entreactos.

— Bien, las visitas en su casa, procurando atraerlas con amabilidad á nuestro partido, y si consigues por medio de la astucia apoderarte de Flor del Espino, la encerramos en este palacio, haciendo que Rafael la vea, y reanuden otra vez sus relaciones, impidiendo de este modo su casamiento con Honorata.

— ¿Pero no está desterrado en el castillo de Pináres?

— Sí, mas no tardará en venir ; hoy le escribo, teniendo la seguridad de que tan luego como vea mi carta se pone en camino, sin ser bastantes á detenerle ningun género de obstáculos.

— Estando aquí los dos, corre de mi cuenta desbaratar ese proyecto de matrimonio.

— Si lo consigues, ya sabes la recompensa.

— ¡ Oh ! descuidad.

— ¿Y has visto á Ataulfo ?

— Una vez nada mas, desde que le facilitámos los medios para escapar de la cárcel.

— ¿Y está en servirnos ?

— Con el alma y la vida.

— Corriente ; él se encargará del conde de Cinkar y tú de Honorata. Adios.

— El cielo os guarde, señora, dijo la Corneja despidiendo atentamente á la baronesa.

Poco despues se acostaba con aparente tranquili-

dad; empero el sueño huía de su agitada mente.

Meditando constantemente en sus proyectos de venganza y de ambicion, no daba á su espíritu ni un momento de reposo.

Sus ilusiones y sus sueños eran la intriga y la maldad; ¡ infeliz ! ¡ no conocia cuánto vale una conciencia tranquila !...

CAPÍTULO XIII.

DOS NOTICIAS.

Serian las dos de la tarde ; Flora acababa de abandonar el lecho, y medio envuelta en un peinador de batista guarnecido de encajes, pasó á su gabinete.

Cuando aquella mujer se presentaba sin disfraz, aparecia en su fisonomía una expresion fatídica, horrible ; diriase que el espíritu del mal se albergaba en su perverso corazon.

Dos pasiones infames subyugaron siempre su alma, las que sintió desde niña, llegando por ellas en su juventud á perder todos los buenos sentimientos, y en su vejez á envilecerse hasta el extremo mas degradante.

Estas dos pasiones eran la envidia y la ambicion. Sentada en un silloncito delante del espejo, puso

la mano en un timbre con objeto de llamar á su doncella, y de repente se detuvo asaltada por un nuevo pensamiento.

— ¡ Ah ! murmuró, este plan no es el mas á propósito ; ensayaremos el otro.

Diciendo esto, sacó una carta, y leyéndola para sí, concluyó por rasgarla en menudos pedazos, arrojando los fragmentos á la chimenea.

— ¿ Á qué emplear la violencia haciéndole rebelarse contra la autoridad paternal, si puedo conseguir que venga por medio de la persuasion y la astucia ?

Esa carta, donde tan bien imitada está la letra de Flor del Espino, produciria en él una revolucion, haciéndole olvidar todos sus buenos instintos ; porque ella, despues de recordarle su amor y sus juramentos, le manifiesta su idea de entrar en un convento y le llama para despedirse de él.

Esto le haria venir pasando por todo y desobedeciendo las órdenes de su padre ; pero como mi idea es que los amantes se vean, proteger su amor, y casarlos en secreto si puedo conseguirlo, han de saber al hablarse que esta carta es falsa, lo cual no conviene. Por consecuencia, iré á casa del marqués de Pináres, le diré que apresure el enlace proyectado y que haga venir á Rafael, pues ya ha sufrido su destierro con demasiada paciencia, y cuando esté aquí, veremos el medio de desbaratar su boda con Honorata casándole con Flor del Espino.

Mi imbécil sobrina que es tan sentimental, tan ro-

mántica, no puede soportar un golpe semejante, y su resultado será necesariamente una tumba ó un convento.

Flora apoyó una mano en la mejilla y quedó un rato pensativa, meditando sobre su plan, del cual debió quedar satisfecha, porque agitando el timbre con resolucion, dijo á su camarera que se presentó inmediatamente :

— El coche para las tres, y ven á vestirme en seguida.

Á los pocos instantes volvió la doncella, diciendo á la baronesa :

— Hace mas de média hora que ha venido una señora anciana pretendiendo con empeño hablar á V.E.

— ¿No ha dicho su nombre ?

— No le pareció sin duda conveniente, porque despues de insistir muchísimo por que os pasaran recado, viendo que era inútil su empeño, escribió en un papel estas frases, mandando se os entregasen en seguida.

— Trae, dijo Flora apoderándose del papel, el que solo contenia en un carácter de letra muy desigual esta palabra : « Urgente. » y debajo una C, que la princesa tradujo inmediatamente por el nombre de Corneja.

— ¿Qué ocurrirá de nuevo ? murmuró para sí arrugando el papel y arrojándolo al fuego.

Luego, y sin dar muestras de impaciencia aunque la sentia vivísima, mandó á su doncella la vistiese pronto. Apénas concluyó su tocado, la despidió con

un signo, y cerrando la puerta de su gabinete por la parte de adentro, hizo girar el cuadro, pasando con celeridad al departamento del solitario palacio en que la Corneja tenia su vivienda.

— ¿Qué hay ? dijo cuando estuvo al alcance de su voz.

— Dos noticias importantes.

— Veamos.

Flora se sentó en una butaca, y señalando una silla próxima á la vieja, se preparó á escuchar.

— Segun quedámos convenidas esta mañana, he ido á informarme dónde vivian Rosa y Flor del Espino, y de mis averiguaciones he sabido con sorpresa, que anoche en el teatro reconocieron á su madre, y al propio tiempo á su maestro el conde de Cinkar.

— ¿ Y quién ha podido decirles que Leticia es su madre?

— Lo ignoro; solo sé que habiéndose reconocido, se las ha llevado á su casa la marquesa del Rio, retirándolas del teatro donde no volverán á trabajar.

— Me alegro infinito.

— Os alegráis, y yo lo siento.

— ¿ Por qué?

— Muy sencillo; desde hoy procurarán buscarme por todas partes, tanto para castigarme porque las robé, como para hacerme declarar quién fueron los asesinos de don Enrique Simon.

Flora se estremeció al considerar la culpabilidad de su esposo; y se apresuró á responder:

— Mientras estés bajo mi proteccion nada temas.

— Pero debo excusarme de asistir en público á los sitios que ellas frecuenten ; pues me conocerán á pesar de mi disfraz y todo estará perdido.

— Bueno será que adoptes por si acaso algunas precauciones, mas no tengo cuidado por tu seguridad.

— ¿Esta circunstancia hará cambiar el plan que me manifestasteis esta mañana ?

— Ya habia sufrido una variacion, y con esto que nos viene á las mil maravillas, lo arreglaremos de otro modo.

¡ Cómo !

— La marquesa del Rio es amiga mia, la trato con mucha franqueza y no me será difícil, prodigando á esas niñas algunos elogios, apoderarme de su confianza y con ella del secreto amor de Flor del Espino. Me convertiré en su protectora, haciendo que vea á Rafael continuamente.

— Tambien la otra noticia que voy á comunicaros será útil para que el regreso del marquesito se verifique pronto.

— ¿ Y qué noticia es ?

— La anciana y achacosa marquesa de Pináres está moribunda.

— ¿ Qué dices ? ¿ acaso la bebida que anoche dejé á Juana ha surtido efecto ?

— Creo que sí ; he visto á esta muchacha y me ha dicho que ya estaba operando ; pero, como sabéis, ese veneno no mata de repente, y la marquesa aun vivirá algunos dias.

— Detesto á esa mujer, anoche devoré con calma

sus insultos, y hasta la órden que dió á su hijo para que me hiciera salir del gabinete, con la esperanza de su muerte.

— Es muy astuta; y si no tomáis esta determinacion, tarde ó temprano os descubre.

— Lo creo; me arrancará la máscara ó indispone á su familia contra mí; y yo lo que necesito es conservar á todo trance esas relaciones. Pero dime, ¿no se sospechará la verdadera causa de la muerte de la marquesa?

¡Imposible! es un veneno que va matando lentamente sin dejar huella, y como hay la circunstancia de su crónica enfermedad, se creerá que es el término natural de tan largo padecer.

— De todos modos, bueno será que Juana desaparezca de la casa, no la cojan como á Atocha y la obliguen á declarar.

— Eso ya lo tengo previsto, y se ha fingido mala con objeto de tener un pretexto para marcharse.

— Corriente; entónces voy ahora mismo allá, á ver si consigo que Rafael venga atraído por el piadoso deseo de abrazar á su abuela en los últimos momentos de su vida.

Flora se levantó.

— Esta tarde vendrá Ataulfo, dijo la Corneja, ¿tenéis alguna nueva órden que comunicarle?

— ¡ Ah ! sí ; á propósito, que se entere minuciosamente de ese chico novio de Rosa, que ha robado á la Colasa escapando con sus riquezas.

— ¿Tenéis interes en saberlo?

— Tengo interes en apoderarme de él para entregarle á los tribunales.

— ¿Qué ha hecho, señora? ¡ si es casi un niño!

— En la maldad de su corazon es un hombre, y bien acostumbrado á la seduccion y la intriga.

— Seréis servida ; ¿y qué otra cosa?

En la insistencia con que la Corneja hablaba siguiendo á Flora hasta los corredores, conoció que queria dinero, y volviéndose hácia ella la entregó un bolsillo lleno de oro.

— ¡ Para los dos! dijo, y desapareció rápidamente.

— ¡ Gracias que haya bastante para mí! murmuró la taimada vieja escondiendo el bolsillo en un cofrecito que ocultaba entre los colchones de la cama.

Luego, dando á sus repugnantes facciones una expresion satánica, se puso á contar con mano trémula su tesoro.

Aquel pequeño baulito estaba lleno de oro y billetes de banco.

— ¡ Oh! ¡ cómo crecen... mis ahorrillos... si no fuera por esto, ahora que me quedo sin el auxilio de las chicas, qué seria de mí!...

CAPÍTULO XIV.

SIGUE LA INTRIGA.

En el antiguo palacio de la Carrera de San Jerónimo, reinaba un movimiento inusitado. El mayordomo daba continuamente multitud de órdenes que le eran trasmitidas desde el cuarto del marqués, apresurándose á ejecutarlas con prontitud y fidelidad todos los criados de la casa.

Penetraremos, lectores míos, en su recinto, á informarnos de la repentina causa que hubo de promover aquella agitacion.

Casi toda la familia se hallaba hácia los aposentos ocupados por doña Juana; en el gabinete que precede á su dormitorio, estaba la jóven marquesa sentada en un divan y escribiendo sobre un veladorcito un lacónico billete.

Veíase á Flora junto á ella; y en su satánica sonrisa se advertía la embriaguez del triunfo.

Rogelio, con el médico y algunas personas de confianza, cercaban el lecho de la enferma.

— ¡Oh amiga mia! ¿conque sois de mi parecer? ¿aprobáis mi pensamiento? dijo la dulce esposa de Rogelio á la baronesa.

— Sí, desde luego; es la medida mas acertada que habéis podido tomar. La vida de doña Juana está en peligro, y es muy conveniente que Rafael reciba su su bendicion.

— Pero será preciso alargar su boda, y esto es una contrariedad.

— Nada de eso; yo, por el contrario, los uniria ántes, y que recibiesen ambos la bendicion de su abuela. Y si no, á que Honorata es de mi opinion, ¿no es verdad, querida mia? preguntó la baronesa dirigiéndose á la jóven que entraba en aquel momento.

— Si no me decís, mi amada tia, de lo que se trata, no puedo responder.

— De tu boda.

— ¡Ah! exclamó la niña pintándose en sus ojos un placer purísimo.

— Decia tu madrina que seria mejor aplazarla, en vista del alarmante estado de la marquesa, y yo la he convencido de lo contrario, por lo cual acaba de escribir á Rafael levantando el destierro que el pobre viene sufriendo.

— ¿De véras? ¡Oh! ¿y vendrá pronto?

— Á jornadas dobles; pero mira, como esta comision será muy grata, encárgate tú misma de hacerla cumplir.

— ¡Oh! sí, dadme, murmuró Honorata apoderándose de la carta.

— Aunque por modestia no da un franco asenso á nuestro pensamiento, ved, marquesa, como en sus ojos se lee la mas tácita aprobacion.

Á esta palabra de Flora, el rostro de Honorata se coloró de un subido carmin; su madrina sonriendo dijo :

— Bien; si mi Rogelio opina como yo, os desposaremos en seguida, sin pompa ni aparato alguno, y con el único objeto de que mamá os bendiga ántes de que el Señor se sirva llamarla á su seno.

— Mi suerte está en vuestras manos, haced lo que gustéis.

— Descuida, que todo saldrá á medida de tu deseo.

— Puedes ir tranquila á transmitir esa orden, y fia en nuestro cariño, ya sabes nos desvelamos por tu felicidad, dijo con hipocresía la baronesa, mientras que al desaparecer la jóven con la esperanza en el alma, la dirigia cual un relámpago una mirada de odio.

El doctor salió de la alcoba con Rogelio.

— ¿Cómo sigue? preguntó la marquesa.

— No está del todo mal; sin embargo no confío en que se alivie porque su enfermedad es grave; se ha repetido el accidente que la tiene postrada tantos años hace, lo cual es muy peligroso.

— ¿Y qué debemos hacer?

— Aunque no hay un peligro eminente, lo mejor será tenerla preparada con todos los auxilios espirituales, por si se agrava; que de continuar así, no debemos temer por ahora una desgracia.

En tanto que en el gabinete sostenian esta conversacion, Honorata, atravesando con rapidez una larga serie de habitaciones, entró, como mas próximo, en

el despacho de Rogelio, y escribiendo muy de prisa un billetito para Rafael, en el cual le comunicaba las agradables nuevas que acababa de recibir, le incluyó en la carta de la marquesa. Despues mandó llamar al mayordomo, encargándole con particular recomendacion que fuesen inmediatamente cumplidas las órdenes de la señora.

Média hora despues salia del palacio una silla de posta con direccion al castillo de Pináres. Honorata la veía partir con vivas muestras de alegría.

Desde el despacho de Rogelio habíase trasladado la hermosa jóven á una galería alta, desde la cual se distinguía todo el jardin y mas allá en lontananza los árboles del Prado y del Buen Retiro.

— ¡ Ah ! corre, corre ; murmuró al ver que el carruaje iba desapareciendo. Marcha veloz en busca de mi amado, y tráele á mis piés tan rendido y amante como siempre.

De pronto recordó á Flor del Espino, y estremeciéndose, llevó una mano al corazon y volvió á decir :

— ¿ Pero quién sabe si con la ausencia habrá crecido el amor que profesa á la hermosa cantora ? ¡ Ah ! sí, no puedo ménos de confesar que es muy bella, muy seductora ; ¡ solo con su mágico canto es capaz de fascinar un corazon de piedra !... ¡ Y yo que le amo desde la cuna, infeliz de mí, que no resistiré la pérdida de su amor, desoo su regreso !...

¡ Dios mio ! ¡ cuán cruel es mi inquietud ! abrigo la esperanza de ser su esposa ántes de tres dias, y con todo, una congoja mortal oprime mi pecho, un amargo

presentimiento destroza mi corazón, y me impide aguardar tranquila y confiada el día de la ventura.

Honorata, inclinándose en la balaustrada de la galería, se cubrió la cara con las manos y quedó embebida en honda meditacion.

Poco despues sintió abrirse una puerta apareciendo en el dintel una señora anciana, que pedia permiso para entrar.

La jóven se volvió rápidamente, aguardando en la graciosa actitud con que acostumbraba á recibir á las personas, á que se acercase la recién llegada.

— Dispensad, señorita, si os molesto otra vez, dijo la anciana sin dejar de hacer ridiculas y torpes cortesías.

— ¿En qué puedo complaceros? preguntó Honorata saludándola con elegancia.

— Ya sabéis la mision que desempeño ; encargada de la asistencia de los pobres en este distrito, vengo por segunda vez á demandar en su favor vuestra caridad ; conozco cuán benéficos y caritativos son vuestros sentimientos, por lo cual sin vacilar me he dirigido á vos.

— ¡Mil gracias ! tengo un vivo placer en socorrer á los necesitados. Venid y mi mayordomo os entregará alguna cantidad.

— Una de las pobres enfermas que han de participar de vuestro generoso auxilio, os conoce, y me ha repetido muchas veces que no quisiera morir sin haber obtenido vuestro perdon.

— ¡ Mi perdon ! ¿ me ha ofendido ?

— Dice que ha sido la causa, aunque inocente, de los disgustos y aun enfermedades que habéis sufrido no hace mucho.

— Quizá sea Atocha.

— Ese es su nombre ; yo no la conocia ; hace poco me avisaron de que una pobre jóven se hallaba moribunda ; fuí allá, hice acudir al médico, el cual dió pocas esperanzas de salvar á la enferma.

— ¡ Infeliz ! murmuró Honorata compadecida.

Luego, dejándose llevar de un impulso de su buen corazon, hizo entregar á la señora anciana una gruesa suma, para que atendiese en particular á la esmerada asistencia de Atocha.

— ¿ Y si esta pobre jóven muere, podré asegurarla vuestro perdon, que es el objeto de sus ansias ? preguntó con intencion la maligna vieja.

— ¡ Oh ! en un caso extremo, avisadme y le oirá de mi propia boca, así su alma volará mas tranquila á la eternidad.

— ¡ Oh ! ¡ cuán buena sois ! sin recordar que os ha ofendido.

— Toda ofensa la borra un verdadero arrepentimiento.

— Podéis estar segura de que siente con todo su corazon los dolores que os ha causado ; fué seducida por su pérfido amante y por esa princesa de Florini, diabólica mujer que tantas lágrimas ha hecho derramar durante su permanencia en esta corte.

— Ya por fin se han descubierto sus intrigas, y estamos á cubierto de su maléfico influjo.

— ¡ Gracias á Dios que contamos tan inmenso bien !
murmuró con fingida devocion la anciana.

En seguida se despidió de la condesa, haciéndola mil demostraciones de gratitud en nombre de las personas que habian de recibir sus beneficios.

— ¡ Qué alegría recibirá la pobre Atocha ! murmuró al salir ; pero en un tono de voz que no se escapó á Honorata, por lo que esta, repitiendo su afectuoso saludo, volvió á exclamar :

— Adios, señora, no olvidéis que deseo recoger el último suspiro de esa desventurada.

— Lo tendré presente, exclamó la vieja cuyos chispeantes ojillos brillaron con un fulgor siniestro ; en su boca repugnante y hundida se dibujó vagamente una sonrisa de triunfo.

Al salir del palacio una elegante señora se apeaba de una magnífica berlina.

Miráronse las dos con intencion, y al aproximarse con objeto de subir una y salir otra, cambiaron en voz rápida y baja estas palabras :

— ¿ Caerá en la red la paloma ?

— Así lo creo.

Nadie se apercibió de aquel diálogo, ni aun los criados que estaban en la portería notaron el mas pequeño signo de inteligencia entre las dos.

Nuestros lectores habrán reconocido en ellas á Flora y á su digna servidora la Corneja.

El impulso que las llevaba al palacio de Pináres, fácil es adivinarlo ; proseguían su plan de venganza, de cruel exterminio en la virtuosa y noble familia de la Pastora del Guadiela.

CAPITULO XV.

EPÍSTOLA.

Cárlos, desde la posada donde llegó á hospedarse primeramente, habíase trasladado á la fonda de las Peninsulares, que se halla situada en la calle de Alcalá.

Serian las ocho de la mañana, cuando ya estaba nuestro impaciente jóven dando largos paseos por su habitacion.

— ¡Lo que tarda ese pelma de asturiano! murmuró dejándose caer en un sillón, y encendiendo acaso por distraerse un magnífico habano.

Pasados unos instantes, sintió llamar con suavidad á la puerta del aposento.

— Adelante, gritó incorporándose y brillando en sus ojos un fugitivo rayo de esperanza.

Un camarero se presentó.

— ¿Gusta el señor se sirva el desayuno? preguntó.

— Tráelo con mil diablos, murmuró de mal humor arrojando el cigarro y levantándose para volver á sus paseos.

El criado salió sonriendo.

— ¡Al oír llamar me dió un salto el corazón; creí

seria Andres con la anhelada epístola de Edelmira!...

Estas palabras, que barbotó en un tono casi imperceptible, nos explican el motivo de su impaciencia.

Miéntras el criado, que habia vuelto á entrar, colocaba el desayuno sobre una mesa, se asomó al balcon.

— ¡ No sé cómo tarda tanto ! prosiguió en el mismo tono. El palacio está bien cerca, y con dar la vuelta á la calle del Turco donde tiene la entrada el jardin, estaba concluido.

Un elegante coche de camino cruzó la anchurosa calle en aquel momento ; iba con direccion á la puerta de Alcalá y le ocupaban una señora y un caballero.

Cárlos, examinándolos con detencion, exclamó :

— ¡ Ellos ! ¡ la princesa y Pereival !...

Los siguió con la vista hasta que desaparecieron, quedando profundamente pensativo.

La voz del Andres que aguardaba le sacó de su meditacion.

— ¡ Señorito ! murmuró, aquí está la carta.

— ¡ Hola ! ¿ ya estás aquí ? ¡ gracias á Dios !... trae hombre, trae... y le arrebató el papel de la mano.

— Dispensad, no estaba en casa la señora Dorotea y tuve que aguardar, dijo el pobre asturiano, excusándose y creyendo perder la propina.

— Bien, bien, déjame, el regreso me hace olvidar la tardanza.

— ¡ Pero !... murmuró dando vueltas en las manos á la mugrienta gorra y sin moverse de su sitio.

— Véte ; gritó impacientándose Cárlos ; luego, recordando sin duda, sacó una moneda de plata y la puso en la tosca mano del criado, diciendo :

— ¡ Toma ! y si otra vez eres mas activo te recompensaré mejor.

Aunque quiso hablar no se lo permitió Cárlos, haciéndole salir del aposento con un signo imperioso.

Con la alegría pintada en su expresivo rostro, fué el mancebo á sentarse á la mesa, habiendo ya leído dos veces el lacónico billete contenido en estos términos :

« Mi querido Cárlos : La fatalidad nos ha separado cuando creimos unirnos para siempre ; ¡ como ha de ser, paciencia ! yo sufro mucho... mucho ; ven pronto, te contaré todo, repitiéndote mi resolucion de ser tu esposa, pues ahora mas que nunca necesito un protector que reclame mis derechos, y un esposo que alentando mi corazon me fortifique en el áspero camino por que estoy atravesando.

» Estoy en la quinta del Jarama, hermosa posesion que pertenece al baron de Pereival, mi padre, y se halla situada á dos leguas de Madrid, próxima á la carretera de Zaragoza. No te será difícil encontrarla.

» Lisa está al cuidado examinando á todos los que cruzan por el camino, y el aya me vigila y me oprime mas que nunca, empero es fácil engañarla, aprovechando las horas de la madrugada, en que duerme profundamente.

» Adios, siempre tuya

» *Edelmira.* »

Cárlos se frotaba las manos con satisfaccion, en tanto iba devorando con alegría el exquisito caracas.

Cuando hubo concluido se levantó.

— Á la tarde iré á la quinta, repuso ; y ahora voy á ver si la señora Gervasia me da noticias de mis padres.

Entró en un cuartito que le servia para vestirse, y salió disfrazado con su enorme peluca gris, sus patillas y el ancho paletó que encubriendo sus gallardas formas le hacia aparecer un hombre de edad madura.

Média hora despues estaba en la calle de Segovia.

Serian apénas las nueve de la mañana, y ya sin embargo veíase á la viejecita sentada á la puerta de su casa, cogiendo con extraordinaria celeridad los puntos de una calceta, y dirigiendo ávidas miradas á las casas circunvecinas, enterándose minuciosamente de cuanto ocurría en el barrio.

En seguida se apercibió de la llegada de Cárlos, y dibujándose en sus delgados labios una sonrisa, murmuró :

— ¡ Ya está aquí el perillan !...

— ¿ Tan temprano y ya trabajando ? dijo el jóven acercándose y saludándola con zalamería.

— ¿ Y qué queréis ? yo soy la misma aplicacion. ¡ En tanto que otras no piensan mas que en averiguar vidas ajenas, yo, sin cuidarme de lo que no me importa, solo me ocupo de mis labores !...

— ¿ Y de mis encargos no ? la interrumpió Cárlos con impetuosidad.

— Por supuesto, eso no lo he descuidado.

— ¿ Y tenemos buenas noticias ?

— No creo os desagraden ; pero me cuestan caras,

pues la taimada no quiso decirme una palabra hasta que la entregué todo el oro que me disteis el otro dia.

— Por tan poca cosa no hay que apurarse. Los señores á quien sirvo son espléndidos en demasía, y no reparan en pequeñeces.

— Yo para mí nada quiero; soy muy desinteresada, y mi mayor satisfaccion será el salir airosa de esta empresa, que con tanta confianza os habéis dignado encomendarme.

— ¡Sois una santa! y os prometo quedaréis satisfecha de mis señores.

— Bien, bien, pues escuchad. Fuí al hospital de incurables, y despues de halagar un poco á la vieja Tadea presentándola algunas golosinas que llevé á prevencion, comencé mis indagaciones haciendo que recayese la conversacion sobre la desgracia ocurrida á la Colasa. Al pronto se dejó decir, mas como yo la hiciese várias preguntas demasiado directas, sospechó mi empeño por descubrir el secreto de la familia de Carlos, lo cual la hizo encerrarse en una prudente reserva.

— Abreviad vuestro relato y decidme qué sacais-
teis en limpio, dijo Carlos con impaciencia.

— Las manos lo primero, porque tuve que dejar en las tuyas el bolsillo debido á vuestra generosidad, y solo á este precio consintió en decirme, que recibió á Carlos siendo niño de manos de una señora llamada doña Flora del Palancar, la cual al dirigirse á la Habana con objeto de reunirse á su esposo, naufragó en la travesía el buque donde iban, y fué recogida

con otros pasajeros á bordo de la fragata *Santa Rita*, viniendo otra vez á Cádiz, de donde poco ántes habia salido. Esta señora marchó al extranjero llevando una niña de pocos meses, y se dejó en poder de Tadea á Carlos, acompañando un documento que le seria devuelto al recoger á su hijo, lo que ofreció hacer en breve; pero no tan solo no lo cumplió, sino que apénas escribió dos ó tres veces á Tadea mandándola dinero, y luego se olvidó completamente de esta y de su hijo. La Colasa llegó á tiempo de evitar una desgracia, y se los trajo á Madrid. Sin este eficaz auxilio, hubieran muerto de hambre la vieja y el niño.

Hé aquí todo lo que he podido saber.

La señora Gervasia calló. Carlos, despues de un momento de reflexion, la dijo :

¿Y conservará esa mujer el documento que la dieron al hacerse cargo del niño, y las cartas que su madre la escribió?

— Y muy guardaditos que tiene esos papeles, pero no los da.

— Pues yo los necesito á todo trance.

— Será imposible.

— El dinero todo lo puede; ofrecedla cuanto quiera, cuanto apetezca; no reparéis en la cantidad.

— ¡Veremos, veremos!... dijo la anciana moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

— No dudéis; porque ya conozco á la señora del Palancar, y si ella misma va á pedirselos, tendrá que entregarlos de balde.

— Ya lo creo; y entónces lo pierde todo. En fin, haré lo posible por complaceros.

— Es que los necesito para hoy á las doce; así pues, aquí os dejo á cuenta seis onzas de oro, y si cuando vuelva á recogerlos están ya en vuestro poder, os daré cuanto queráis.

— ¡Oh! ¡yo, señor, para mí nada quiero!... ¡lo que exija Tadea y nada mas!... murmuró la señora Gervasia, mirando con ojos de codicia el hermoso metal que Cárlos la arrojó sobre la falda.

No necesitó hacerse de rogar mucho. Cuando el mancebo, impaciente por obtener aquellas pruebas de su nacimiento, volvió á las doce, le fueron entregadas religiosamente.

La mediadora quedó bien recompensada; el impetuoso mancebo, loco de alegría por tan feliz descubrimiento, no reparó en lo que le costaba. Ya sabia el nombre de su madre, y solo le faltaba buscarla en todas las clases de la sociedad, pues aquel nombre le era desconocido.

CAPÍTULO XVI.

LOS RETRATOS.

—

En actitud meditabunda, apoyadas las manos en la frente y los codos en una mesa de escritorio, hallábase una mañana el conde de Cinkar.